

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI CONTRA ADVERSARIUM LEGIS ET PROPHETARUM Libri duo.

LIBER PRIMUS. En el cual se defienden los pasajes del Antiguo Testamento calumniosamente criticados.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En el libro que me enviaron, hermanos amadísimos, de un hereje desconocido, encontrado, según escribieron, en la plaza marítima, mientras el códice se vendía y las multitudes se reunían para leerlo con peligrosa curiosidad y deleite, para responder con la mayor brevedad posible, primero investigué de qué error se trataba. No solo los maniqueos condenan la Ley y los Profetas; también los marcionistas y otros varios cuyas sectas no son tan conocidas por los pueblos cristianos. Este autor, cuyo nombre no encontré en el libro, detesta al Creador del mundo: mientras que los maniqueos, aunque no aceptan el libro del Génesis y lo blasfeman, confiesan que un Dios bueno creó el mundo, aunque de una naturaleza y materia ajenas. Pero aunque no me quedó claro a qué secta pertenece este blasfemo, es necesario defender la Escritura divina contra su lengua, que ataca con maliciosas disputaciones. Y puesto que de alguna manera desea parecer cristiano, ya que cita algunos testimonios del Evangelio y del Apóstol, también debe ser refutado con las Escrituras del Nuevo Testamento: para mostrar que en su crítica a las antiguas escrituras, actúa más insensatamente que astutamente.

CAPÍTULO II.

2. Y primero, lo que un piadoso podría preguntar religiosamente, este impío lo cuestiona con boca sacrílega, sobre cómo debe entenderse lo que está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gén. I, 1): aunque no añadió "la tierra", de la que habla después. Pregunta entonces: "¿En qué principio? ¿En el mismo en que Dios comenzó a existir, o desde que le disgustó estar vacío?" A lo cual se responde que ni Dios comenzó a existir, ni le disgustó su vacuidad, ya que nunca dejó de ser, ni se adormeció por inactividad, ni se fatigó trabajando: ni necesitó de un cielo para su morada, ni al crear el cielo encontró un hogar como un peregrino que termina sus errancias. Pues puede permanecer beatíficamente en sí mismo; y a su templo, que son todos los santos, tanto ángeles como hombres, les imparte su morada de tal manera que ellos tienen de él el bien que los hace bienaventurados, no él de ellos una casa sin la cual no podría ser bienaventurado. Por tanto, se debe entender que lo que está escrito, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", significa que el principio es desde que comenzaron a existir; pues no fueron coeternos con Dios, sino que fueron hechos con un inicio desde el cual comenzaron a existir: o ciertamente porque en el principio coeterno a él, Dios creó el cielo y la tierra, es decir, en su Hijo unigénito. Él es la Sabiduría, de la cual el Apóstol dice: "Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor. I, 24). Y al Dios que hizo el cielo y la tierra, se le dice en el Salmo: "Todo lo hiciste con sabiduría" (Sal. CIII, 24). O si este no quiere aceptar el testimonio del Salmo, que escuche al Apóstol hablando de Cristo: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles" (Col. I, 16).

3. Dios, por tanto, ni comenzó a ser, ni dejará de ser: pero algunas de sus obras, comenzando, cesan de existir en un tiempo determinado, como los tiempos y las cosas temporales; otras, comenzando, permanecerán, como la misma vida eterna que los santos hombres recibirán. Esto no lo vio quien pensó que debía decirse y definirse que no hay principio sin fin: ni pudo considerar el número, cuyo inicio es desde uno, y su fin en ninguno. Ningún número, por grande que sea, puede ser dicho, o si ya no puede ser dicho, pensado, al que no se le pueda

añadir para que sea mayor. Y creo que este, cualquiera que sea la herejía que sostenga bajo el nombre de Cristo contra Cristo, se promete a sí mismo vida en Cristo, ciertamente bienaventurada, cuyo principio podrá ser cuando haya terminado la vida miserable de este mundo. Que responda entonces, si esa vida bienaventurada, que no niega que tendrá o tiene un principio, tendrá o no tendrá fin. Si dice que tendrá fin, ¿cómo se atreverá a llamarse cristiano? Si dice que no tendrá fin, ¿dónde queda lo que se atrevió a decir, que no hay principio sin fin?

CAPÍTULO III.

4. También pregunta: "Si este mundo es algo bueno, ¿por qué no fue hecho desde el principio, que hubiera sido mejor?" Como si Dios hubiera hecho algo mejor que él mismo al crear el mundo: o como si este bien no debiera haber sido hecho porque no es igual al que lo hizo. Pero a lo que pregunta, por qué no fue hecho desde el principio, que tenga la respuesta: En verdad, fue hecho desde el principio: desde su propio principio, no del de Dios, que no tiene principio. Si este principio pudo ser significado por lo que se dijo, "En el principio creó Dios": ¿qué es lo que critica al preguntar en qué principio lo hizo; cuando él mismo pregunta por qué no fue hecho desde el principio? Por tanto, sus palabras deben serle devueltas. Pues así como él, por lo que está escrito, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", argumenta y dice, "¿En qué principio entonces? ¿En el mismo en que Dios comenzó a existir, o desde que le disgustó estar vacío?" así también nosotros, a lo que él dice, "¿Por qué no fue hecho desde el principio por él?" respondamos y digamos, "¿Desde qué principio entonces? ¿Desde el mismo en que Dios comenzó a existir, o desde que le disgustó estar vacío?" Pues le desagrada que Dios no haya hecho el cielo desde el principio, cuando dice, "¿Por qué no desde el principio?" Como si debiera haberlo hecho desde el principio desde el cual es él mismo quien lo hizo. ¿Por qué no temió aquí, al decir que Dios debió haber hecho el cielo desde el principio desde el cual es él mismo, que se le dijera: "¿Tiene entonces Dios un principio, y por tanto, según tu sentencia, tendrá un fin; pues tú dijiste que no hay principio sin fin?" Pero si Dios carece de principio, ¿cómo haría algo desde el principio desde el cual es él mismo? Por tanto, lo hizo desde el principio desde el cual lo hizo, es decir, desde el cual comenzó a existir lo que hizo. O bien su dios nunca hizo nada bueno: o según este, cualquier cosa buena que haya hecho, la hizo desde el principio desde el cual es él mismo; y al tener un principio, se debe temer un fin: o debe aceptar las palabras de la Sagrada Escritura, y entender que Dios, que no comenzó a existir desde ningún principio, hizo el cielo en el principio, ya sea desde el cual el cielo comenzó a existir, o en el Hijo; quien, cuando los judíos le preguntaron quién era, respondió que él era el principio (Juan VIII, 25).

5. A menos que tal vez diga que el principio es una cosa, y el inicio otra. Si entonces estuviera escrito, "En el inicio creó Dios el cielo y la tierra"; este no se movería contra esto, quien dijo, "¿Por qué no fue hecho desde el inicio?" cuando leyera, "En el inicio creó Dios"; no considerando impío si se cree que Dios tiene un inicio, pero no un principio. Si es así, que este autor enmiende el Evangelio, donde está escrito: "En el principio era el Verbo". ¿Por qué no dice también aquí, "¿En qué principio entonces? ¿En el mismo en que el Verbo comenzó a existir?" Y porque el Verbo era Dios, también puede decir, como dijo en este libro: "¿En el mismo en que Dios comenzó a existir?" Que diga aquí, si le place, también su definición, donde escucha, "En el principio era el Verbo": que diga también aquí, si se atreve, "No hay principio sin fin"; para que incluso los maniqueos, que tal vez lo leen con gusto porque lo encuentran enemigo de la Ley y los Profetas, lo juzguen insano. Porque si le desagrada el Dios que hizo el mundo, ¿por qué no le desagrada aquel por quien el mundo fue hecho? Pues de Cristo está escrito: "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho" (Juan I, 1, 10).

CAPÍTULO IV.

6. Que entienda que Dios puede hacer cosas buenas, pero no necesita de las cosas buenas hechas por él: por lo cual tampoco necesitó hacerlas, quien no necesita de las hechas. Pero el sumamente bueno hizo todas las cosas, desiguales a él, pero sin embargo buenas. Pues el bien, aunque no sea supremo, o incluso el más bajo, no podría existir si no fuera por el sumo bien. Pero piensa muy mal de Dios quien niega que algo sea bueno porque reconoce que no es igual a Dios. Pues no será el sumo, sino el más bajo bien, si cualquier cosa menor que él ya no es buena. Pero si en las cosas que creó, las que son los primeros bienes son muy desiguales al Creador, porque él las hizo, estas fueron hechas; ciertamente quien no necesitó de tales para aumentar su bienaventuranza, mucho menos debe creerse que necesitó de las inferiores y completamente ínfimas. Sin embargo, las hizo como el constituidor de todos los bienes. Pues el Señor Jesús, por quien el mundo fue hecho, no solo indica que Dios creó y crea las cosas celestiales, sino también las terrenales, y de esas terrenales que parecen insignificantes, cuando dice: "Si pues la hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así; ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mat. VI, 30). Por tanto, uno y el mismo Dios es el creador del cielo y la tierra, de las estrellas y las hierbas, de todo lo que existe en medida, forma y orden en el cielo y en la tierra, de todo lo que vive en el cielo y en la tierra, de todo lo que siente en el cielo y en la tierra, de todo lo que entiende en el cielo y en la tierra. Que no solo no debían ser iguales entre sí, sino tampoco al que las creó: y por eso son todas. Pues si fueran iguales, sería un solo tipo de bienes, no todos. Ahora bien, por eso son todos buenos, porque unos son mejores que otros, y la bondad de los inferiores añade a las alabanzas de los mejores: y en la desigualdad de las cosas buenas hay una gradación placentera, donde la comparación de las menores es la recomendación de las mayores.

CAPÍTULO V.

7. Las cosas que se llaman malas, o son vicios de cosas buenas, que no pueden existir por sí mismas en ninguna parte fuera de las cosas buenas; o son castigos de los pecados, que provienen de la belleza de la justicia. Pero incluso los vicios dan testimonio de la bondad de las naturalezas. Pues lo que es malo por vicio, ciertamente es bueno por naturaleza. El vicio es contra la naturaleza, porque daña a la naturaleza: y no dañaría si no disminuyera su bondad. Por tanto, el mal no es sino la privación del bien. Y por tanto, no está en ninguna parte sino en alguna cosa buena: y si no es sumamente buena, ya que lo sumamente bueno permanece incorruptible e inmutable, como Dios; sin embargo, no está sino en lo bueno, ya que no daña sino disminuyendo lo que es bueno. Por tanto, los bienes pueden existir sin los males, como Dios mismo, y algunas cosas celestiales superiores: pero los males no pueden existir sin los bienes. Pues si no dañan en absoluto, no son malos: si dañan, disminuyen el bien: y si dañan más, aún tienen un bien que disminuir: y si lo consumen todo, no quedará nada de la naturaleza a lo que dañar; y por tanto, tampoco habrá mal que dañe, cuando falte la naturaleza cuyo bien se disminuye al dañar.

CAPÍTULO VI.

8. Si alguna naturaleza, es decir, sustancia, se reduce completamente a la nada, es una discusión muy sutil. Pero la fe más veraz canta a Dios: "Los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo" (Sal. CI, 27, 28). Por tanto, ni hizo ni gobierna los bienes mutables, sino el bien inmutable, que es Dios. Ahora bien, los bienes mutables son buenos porque fueron hechos por el sumo bien; son mutables porque no fueron hechos de él, sino de la nada. Por lo cual, incluso las cosas mortales, aunque en parte sean penosas para aquellos a quienes

solo la inmortalidad puede llenar la medida de la perfecta bienaventuranza; sin embargo, tienen su propio lugar de belleza en la hermosura de los tiempos: pero el sentido que percibe tal belleza es mayor que el humano. Sin embargo, aquella fe que dice a su Dios, "Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab. XI, 21), aunque por amor a la vida tema la condición de la muerte, alaba al Creador de todos los bienes incluso por los bienes mortales. Pues este mismo que critica, y no cree que sea Dios, cuyo trabajo terrenal ve que es mortal, no podría haber completado su discurso, que tanto le agradó que lo consignó a la escritura y la memoria, sin las palabras que pertenecen a cada una de sus frases, y que comienzan y terminan: así, la belleza de su discurso, con el que quiere persuadir que lo que nace y muere no puede ser bueno, no pudo ser explicada sin las sílabas que nacen y mueren. ¿Qué, entonces, es de extrañar si en tan gran universo de la naturaleza hay algún bien ínfimo en los órdenes de los tiempos, que no es hermoso por la permanencia de las cosas, como algunas cosas espirituales sublimes, sino por su propio género, o más bien por su surgimiento y ocaso terrenales?

9. Dado que así son las cosas, no critique a la Escritura que dice: "Vio Dios que la luz era buena" (Gén. I, 4). No solo la luz que llamó día, y el firmamento que llamó cielo, y el sol y la luna y las demás estrellas; sino también los árboles y las hierbas, y en las aguas y tierras todo lo mortal, Dios lo creó sumamente bueno, y vio que eran buenos en su género y orden. Y no temió quien escribió este libro por revelación del Espíritu de Dios, a los futuros impíos críticos, charlatanes y seductores de mentes, primero de la suya, luego de otros, a quienes deleita la locuacidad blasfema: porque incluso ellos, en cuanto son hombres, en cuanto consisten en cuerpo y alma racional, en cuanto los miembros de su cuerpo están distinguidos por sus funciones, y con una diferencia muy armoniosa consienten en la unidad de su paz, en cuanto su alma les supera y gobierna por su excelencia natural, en cuanto el sentido de la carne llena y anima las cinco partes, con un poder disímil, pero con una conveniencia social, en cuanto también con mente y razón, lo que el alma bestial no puede, puede saber e entender, vio Dios que son buenos; y por eso los creó. No solo los vio creados después; sino que también los previó antes de ser creados: y lo que son por voluntad perversa y ciego error, no por eso vio que no debían ser creados; pues previó dónde debían ser ordenados: y así los hizo de la misma masa de la primera transgresión justamente condenada, vasos de ira, si persisten en esta maldad hasta el fin, para que sirvan a los vasos de misericordia (Rom. IX, 22, 23), para que por sus agudezas de vanidad busquen más diligentemente los secretos de la verdad. Pues grandes son las obras del Señor, buscadas según todas sus voluntades (Sal. CX, 2). ¿Qué es de extrañar que desagrade a la necedad humana lo que agrada a la sabiduría divina? Pues ¿qué es otra cosa "Vio la luz que era buena", sino que le agradó?

10. Pero este charlatán blasfemo, que escribió un libro lleno de insultos sacrílegos (en el cual ojalá su obra le desagradara, y no pensara que es buena, sino que viera que es mala), vean lo que ha dicho: "Tan poco sabía antes lo que era la luz, que al verla por primera vez la juzgó excelente". Así también el Señor Jesús, cuando se maravilló al oír las palabras del centurión, y dijo a sus discípulos: "En verdad os digo, no he encontrado tanta fe en Israel" (Mateo VIII, 10), ¿no sabía antes lo que era esa fe, que al verla por primera vez la juzgó excelente? ¿O acaso otro la operaba en el corazón del centurión, que no fuera él mismo quien se maravillaba? Y ciertamente hay más motivo para que los insensatos e infieles blasfemen, porque Jesús se maravilló de la fe de un hombre, que porque Dios vio que la luz era buena. Pues cualquiera puede ver que las cosas habituales son buenas, es decir, comprobar que le agradan; pero quien se maravilla, ciertamente según la costumbre con que los hombres hablan, indica que lo que le maravilla le es inesperado e imprevisto. Pero Jesús, que todo lo preveía, al recomendar lo que era admirable para otros, lo alababa admirándolo. ¿Y qué vio

Dios hecho por él, que no viera antes en la luz, que él mismo es, que debía hacerse? ¿Y qué necesidad tenía la Sagrada Escritura de repetir tantas veces que Dios vio que eran buenas las cosas que hizo, sino para que la piedad de los fieles se instruyera, no para juzgar la creación visible e invisible según el sentido humano, que a menudo se ofende incluso con las cosas buenas, cuyas causas y orden ignora, sino para creer y aprender del Dios que alaba? Pues cuanto más fácilmente alguien progresa en el conocimiento, tanto más religiosamente, antes de conocer, creyó en Dios. Vio, pues, Dios la luz que hizo, porque es buena, ya que lo que le agradaba que se hiciera, hecho le agradó que permaneciera, según la medida de existencia o permanencia que a cada cosa le fue establecida por tan gran creador. Pero una cosa es la luz que es Dios, otra la luz que hizo Dios. Incomparablemente mejor es la luz misma que la hizo, de ninguna manera necesitando la luz que hizo. Y de donde este calumnia, ¿por qué Dios no hizo estas cosas buenas tan antiguamente como él mismo es? De aquí más bien se debe entender que no las hizo por necesidad de ellas, sin las cuales podía existir en su perfecta bienaventuranza sin principio eterno. Por tanto, la única causa de hacer estas cosas fue la bondad de Dios, porque no hubo necesidad alguna de él. Por tanto, cualquiera que este insulta a Dios, como si entonces por primera vez hubiera visto la luz quien era ignorante de la luz, vería cuán insulso y vano es, si tuviera algo de luz en su interior.

CAPÍTULO VIII.

11. Además, atribuye a la necedad del escritor que haya dicho que las tinieblas existieron siempre sin principio, mientras que la luz tomó su inicio de las tinieblas: como si hubiera leído en ese libro, al que calumnia, que las tinieblas son eternas; cuando está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra: la tierra, sin embargo, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo". Desde entonces, pues, las tinieblas comenzaron a existir, desde que la masa confusa del cielo y la tierra comenzó a existir, antes de que se hiciera la luz, que iluminara lo que sin luz era tenebroso. ¿Y qué inconveniente hay si los principios de la materia mundana eran tenebrosos, para que al llegar la luz mejorara lo que se hizo; y como el hombre que progresa, lo que después iba a ser, de este modo se significara su afecto? Aunque quien por don de Dios pudiera investigar estas cosas con más perspicacia, encontrará tal vez en la creación, que así se narra hecha sin intervalos de demoras temporales, un orden de cosas maravillosamente distinto. Pues la materia no es en absoluto nada, de la que en el libro de la Sabiduría se lee: "Tú que hiciste el mundo de materia informe" (Sab. XI, 18). No es, pues, porque se diga informe, que sea absolutamente nada: ni fue coeterna con Dios, como si no hubiera sido hecha por nadie: ni otro la hizo, para que Dios tuviera de qué hacer el mundo. Lejos esté que se diga que el omnipotente no pudo hacer, a menos que encontrara de qué hacer. Por tanto, también Dios la hizo. No debe considerarse mala, porque es informe: sino que debe entenderse buena, porque es formable, es decir, capaz de formación. Pues si algo bueno es la forma, algo de bueno es ser capaz de lo bueno. Así como la voz confusa es un clamor sin palabras, la voz articulada se hace cuando se forma en palabras: aquella es formable, esta formada; aquella que recibe forma, esta que la tiene: pues qué de estas cosas de donde se hace, está a la vista. Pues nadie dirá que de las palabras se hace el sonido de la voz: sino que más bien de la voz se hacen las palabras sonoras, ¿quién no lo entiende?

CAPÍTULO IX.

12. No debe pensarse que Dios hizo primero la materia informe, y después de un intervalo de tiempo formó lo que primero había hecho informe: sino que así como del que habla se hacen las palabras sonoras, donde no primero la voz informe después recibe forma, sino que se pronuncia formada; así debe entenderse que Dios hizo el mundo de materia informe, pero la

creó simultáneamente con el mundo. Sin embargo, no es inútil que primero se narre de dónde se hace algo, y después lo que de allí se hace; porque aunque ambas cosas puedan hacerse simultáneamente, no pueden narrarse simultáneamente.

CAPÍTULO X.

13. Por tanto, ya sea que primero con el nombre de cielo y tierra, o de tierra invisible y desordenada y abismo tenebroso, se haya significado la misma materia informe con apelaciones de cosas conocidas; porque es completamente desconocida para los sentidos humanos, y apenas se entiende de alguna manera, cuando las cosas se transforman en algo peor; como si se acercara a ella algo más deforme, pero no llegara sin embargo a aquella informeidad permaneciendo alguna especie visible o inteligible: ya sea que por cielo y tierra se haya insinuado primero de manera general la naturaleza espiritual y corporal; o cualquier otra cosa, que aquí puede entenderse sin violar la regla de la fe: no cabe dudar que el verdadero y supremo Dios, bueno, hizo todas las cosas que vemos, y las que mejores no vemos, aunque el modo en que las hizo no pueda ser comprendido por la mente humana. Pero con estos indoctos blasfemadores de las Sagradas Escrituras no se debe tratar con la sutileza de razones con que estas cosas deben ser buscadas y discutidas entre los pacíficos hijos de Dios.

CAPÍTULO XI.

14. Pero si este cree que contra los libros de la Ley y los Profetas sabe lo que dice saber, que el sumo Dios es el esplendor incomparable de la luz incomprensible: primero quisiera oír de él, de qué luz cree que es esplendor el sumo Dios; si también esa luz es Dios, y si entiende al Padre como luz, y su esplendor al Hijo unigénito, a quien sin embargo ha confesado como sumo Dios. Si así lo siente, lo apruebo y alabo. Pero desapruero y culpo que no crea que aquel a quien cree ser luz de luz, o esplendor incomparable de luz incomprensible, sea el creador del mundo: cuando allí lee, "El mundo fue hecho por él"; donde lee, "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 10, 9). También desapruero, si no sabe; y más desapruero y detesto, si sabe, y conspira para engañar a los ignorantes en las antiguas Escrituras divinas, donde está escrito: "Acercaos a él, y seréis iluminados" (Salmo XXXIII, 6); y, "El precepto del Señor es claro, ilumina los ojos" (Salmo XVIII, 9); y, "Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte" (Salmo XII, 4). Pues no oraba este hombre mortal para que nunca muriera corporalmente, ni deseaba que el sueño no viniera a sus ojos corporales: sino que pedía que se le iluminaran aquellos ojos de los que el Apóstol dice: "Iluminados los ojos de vuestro corazón" (Efesios I, 18).

15. Además, si le desagrade que la luz haya tomado su inicio de las tinieblas, pues también esto lo critica con palabras de vana charlatanería; que se lo diga al mismo apóstol, quien escribiendo a los fieles dice: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efesios V, 8). ¿Quién hizo esto, sino aquel que, cuando las tinieblas estaban sobre el abismo, dijo: "Hágase la luz"; y se hizo la luz (Génesis I, 3)? Lo que el mismo apóstol expresó más claramente en otro lugar, diciendo: "Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, resplandeció en nuestros corazones" (II Corintios IV, 6). Pero si cree que falta en las Escrituras proféticas que el Hijo sea luz de luz, o esplendor de luz, lea lo que en las mismas Escrituras se lee de la Sabiduría: "Porque es el resplandor de la luz eterna" (Sabiduría VII, 26); o aquello en el salmo profético: "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra: cantad al Señor y bendecid su nombre, anunciad de día en día su salvación" (Salmo XCV, 1, 2). ¿Quién es el día de día, sino el Hijo luz de luz? Que lea en el Evangelio que Cristo es la salvación de Dios, cuando Simeón el anciano lo reconoció en

las manos de su madre, pequeño en carne, grande en espíritu, y tomándolo en sus manos dijo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación" (Lucas II, 29 y 30).

CAPÍTULO XII.

16. Si aquí responde que es otra la luz de la que se dijo: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor"; porque esta es la luz espiritual de la mente, no de la carne: y otra aquella de la que está escrito: "Dijo Dios, Hágase la luz; y se hizo la luz"; que se refiere a los ojos corporales: primero confesará que de la luz suprema, que es Dios mismo, pudo hacerse cualquier luz ínfima, pero buena. Luego, ¿cómo sabe también cuál y cuánta es? finalmente, ¿si es espiritual o corporal? ¿Acaso los hombres fieles, que mientras están en el cuerpo, están ausentes del Señor (II Corintios V, 6), pueden ya por el mérito de su fe ser llamados luz, y los ángeles no pueden, que siempre ven el rostro del Padre (Mateo XVIII, 10)? ¿De dónde, pues, sabe si tal luz fue hecha primero? ¿De dónde sabe cómo en esa luz puede entenderse la tarde y la mañana? ¿Cómo, finalmente, fue presentada en el número seis de las obras de Dios, y en ella descansó Dios el séptimo, de donde a estos días tan conocidos por nosotros, que se repiten por el circuito del sol, se trasladó cierta forma del mismo número septenario? Pero incluso si la luz fue hecha corporal, ¿de dónde sabe cómo pudo existir antes del sol y antes del firmamento, que después fue llamado cielo, removida de la vista de los terrenales en las partes superiores del mundo, para que solo Dios dividiera entre ella y las tinieblas? Pues entre estas tinieblas que nos hacen la noche tan conocida, y la luz que nos hace el día tan conocido, mandó que luminarias visibles para nosotros dividieran. ¿Quién soportaría, aunque no se deba indignarse sino más bien reírse, que este nos indique que el día lo designan las horas, y las horas las distingue y determina el sol, y quiera que creamos que Moisés no sabía esto, y por eso nombró el día antes de que se hiciera el sol? Pero que los hombres se reúnan para escuchar el libro de este, y se les proponga qué es más creíble, si este no sabe de cierta luz y cierto día, que Moisés sabía; o que Moisés no sabía de esta luz y día, que no solo este, sino también quienes no entienden sus palabras, saben.

CAPÍTULO XIII.

17. ¿Qué, que incluso sobre la congregación de las aguas introduce no sé qué cuestión de un ignorante? más bien no una cuestión, sino una reprensión, como si no se hubiera dicho correctamente: "Reúnanse las aguas en un solo lugar, y aparezca lo seco" (Génesis I, 9); porque todo estaba cubierto por las aguas: ignorando cómo el agua, al diluirse en vapores aéreos, se vuelve tenue y ocupa mucho espacio, pero si se condensa al reunirse, ya no flota ligera, sino que fluye pesada. ¿Qué, pues, de extraño hay si, siendo tenue, cubría la tierra, y al espesarse la descubrió? ¿Qué, si incluso por mandato divino se hundió en grandes senos de la tierra, y así todo lo que de naturaleza húmeda yacía por toda ella, confluendo en partes cóncavas, se retiró de las demás, y lo que cubría descubrió, reuniéndose en las partes más bajas que cedían donde el mar fluyera y rodeara, y dejando las más altas donde el orbe se elevara? Omito que aquí puede entenderse que se significó que aquella materia informe fue insinuada con el nombre de agua o abismo, y recibió la especie de estos dos elementos pesados, el humor y la tierra: y por eso se dijo: "Reúnase el agua", porque se le dio una especie lábil y móvil; "Aparezca" sin embargo "lo seco", porque se fijó inmóvil. Pues aquello que más bien el profeta, autor de este libro, intenta, que su narración de las cosas hechas sea también prefiguración de las futuras, no debe ser introducido en los sentidos contenciosos e infieles. Por tanto, cuando tantos caminos se abren a los que buscan piadosamente, para que no se reprenda temerariamente tan gran autoridad; ¿de dónde este, sino por instigación diabólica, elige calumniar en aquellas cosas que no es idóneo para investigar?

CAPÍTULO XIV.

18. Pero que este ciego e ingrato se ensañe contra el creador del hombre, y se atreva a decirle a quien lo formó: "¿Por qué me hiciste así?", cuando en absoluto ignora cómo fue hecho, es una gran audacia de mente precipitada. Pero los vasos de ira se permiten hablar así, para que como si de un sueño de negligencia se despertaran los vasos de misericordia (Romanos IX, 20-23), y por el afán de responder a las pestilentes maldiciones, presten atención a las saludables palabras. Pues en lo que este reprende al creador del hombre, porque le prohibió tomar el alimento del conocimiento del bien y del mal (Génesis II, 17), como si hubiera querido que fuera igual a los animales que no saben discernir estas cosas, y le hubiera negado esto a quien le dio poder sobre las bestias, por lo cual solo el hombre supera a las bestias; cuán necesario es para vivir bien, lo que aprendemos que algunas cosas se aprenden infeliz y otras más felizmente se ignoran. Pues las enfermedades y dolores, ¿cuánto más felizmente los ignoraríamos? Si, pues, un médico nos prohibiera algún alimento, que al tomarlo previera que enfermaríamos, y por eso lo llamara alimento del conocimiento de la salud y la enfermedad, porque por él el hombre, al comenzar a enfermar, experimentando conocería qué diferencia hay entre la mala salud contraída y la salud perdida; lo cual mejor ignoraría, y permanecería en aquella salud que perdió, creyendo al médico por obediencia, no al mal por experiencia: ¿acaso diríamos que tal médico nos envidió tal conocimiento? ¿Quién duda que el pecado es malo? Y sin embargo, se ha dicho con alabanza del Señor Jesucristo, que "no conoció pecado" (II Corintios V, 21). No conocía, pues, este mal, y por eso no tenía aquel conocimiento del bien y del mal del que Adán fue prohibido. Aquí, si se pregunta, ¿cómo lo que no conocía, lo reprendía? pues no reprendía los pecados: "Todo lo que se reprende", como dice el Apóstol, "es manifestado por la luz" (Efesios V, 13): ¿cómo, pues, lo que era reprendido por él, era ignorado? ¿No se responderá con toda razón, que lo conocía y no lo conocía? Con toda razón: lo conocía por sabiduría, no lo conocía por experiencia. A esta divina sabiduría debía creer Adán, para que por el precepto de Dios obedeciendo, se abstuviera de aquel conocimiento del mal que se hace por experiencia. Así, pues, no conocería el mal, si no lo hiciera. Pero lo hizo para sí mismo, no para Dios. Pues nada pudo hacer por la voluntad de desobediencia, sino lo que él mismo padeciera por la ley de justicia. Esta es, en efecto, la pena devuelta al hombre desobediente en sí mismo, para que a su vez no se le obedezca ni por sí mismo. Sobre este asunto hemos discutido más ampliamente en otros lugares, y especialmente en el libro decimocuarto de la Ciudad de Dios.

19. Ahora, sin embargo, responderé brevemente a lo que dice este, que el creador del hombre prohibió a quien hizo un gran bien, al querer que fuera semejante a un animal sin conocimiento del bien y del mal. Pues este conocimiento no es la sabiduría del hombre bienaventurado, sino la experiencia del hombre miserable: de donde el árbol tomó su nombre, del cual el hombre fue prohibido, para que se recomendara la obediencia que es la máxima virtud, y, por así decirlo, el origen y madre de todas las virtudes, en esa naturaleza a la que se le dio así el libre albedrío de la voluntad, que sin embargo debe vivir bajo el poder de uno mejor. Aunque no faltaron quienes pensaron que aquel conocimiento del bien y del mal era algún gran bien: del cual no fueron capaces quienes, usurpándolo contra el mandato, pecaron por desobediencia.

20. Pero a quienes les parece que el hombre debió ser hecho de tal manera que no pudiera pecar; no les desagrada que haya sido hecho de tal manera que no pudiera pecar si no quisiera. ¿Acaso, si fuera mejor quien no pudiera pecar, por eso no fue bien hecho quien pudiera no pecar? ¿O es que hasta tal punto se debe desvariar, que el hombre vea que algo mejor debió hacerse, y no piense que Dios lo vio; o piense que lo vio, y crea que no quiso

hacerlo; o quiso, pero no pudo? Dios libre esto de los corazones de los piadosos. Si, pues, la razón recta demuestra que la criatura racional es mejor, que ninguna desobediencia abandona a Dios, que aquella que así lo abandonó: sepa quien esto entiende, que ni aquella falta en las cosas celestiales que nunca abandona a Dios, ni esta fue hecha de tal manera que por alguna necesidad se viera obligada a abandonar a Dios; y porque lo abandonó por voluntad, nada se ha disminuido en las disposiciones sapientísimas de Dios, quien usa bien de los malos y rectamente de los perversos, y del género humano justamente condenado, testifica que trasladará a una familia santa y numerosa, no por su mérito, sino hecha por su gracia, al reino eterno.

21. Dado que esto es así, Dios no debía ocultar el árbol que, debido a la miseria que el hombre sufriría al tomar de él contra la prohibición, le haría reconocer de qué bien había caído y en qué mal había incurrido, llamándolo árbol del conocimiento del bien y del mal. ¿Por qué habría de ocultar aquello sobre lo que daba un mandato y por lo que recomendaba la obediencia? No ignoraba que el hombre pecaría, pero también, con suma divinidad, previó lo que justo y bueno haría con el pecador. No instituyó algo que pudiera dañar, si el hombre no hubiera querido dañarse a sí mismo; más bien instituyó algo que beneficiaría, porque el hombre habría guardado la obediencia con buena recompensa y habría pagado las penas de la desobediencia con un ejemplo útil para que sus santos descendientes la guardaran. No quiso lo que no pudo: quiso que el hombre fuera obediente o que, si desobedecía, no quedara impune. No fue infructuoso querer mandar lo que el hombre no iba a cumplir, porque la pena del despreciador enseñó a otros a obedecer. En el hombre, ninguna parte de Dios se resistió a Dios: porque si el alma del hombre fuera parte de Dios, no podría ser engañada por sí misma ni por otro, ni ser compelida por necesidad alguna a hacer o sufrir algo malo, ni cambiar en mejor o peor.

22. Aquel aliento de Dios que animó al hombre (Gén. I, 7) fue hecho por Él, no de Él. Porque ni el aliento del hombre es parte del hombre, ni el hombre lo hace de sí mismo, sino que lo toma y expulsa del aire: Dios, en cambio, pudo hacerlo de la nada, y vivo y racional, lo que el hombre no puede. Aunque algunos piensan que el primer hombre no fue animado cuando Dios sopló en su rostro y se convirtió en un alma viviente, sino que entonces recibió el Espíritu Santo. Cualquiera de estas cosas que se muestre más creíble, sobre lo cual ahora es largo discutir, no se debe dudar que el alma no es parte de Dios, ni creada o emanada de su sustancia y naturaleza, sino hecha de la nada.

CAPÍTULO XV.

23. Por lo tanto, no se encuentra, como dice este blasfemo, que la serpiente esté en un lugar mejor que Dios, porque prevaleció al engañar al hombre que Dios había hecho (Gén. III, 1-6). De ninguna manera el hombre sería engañado si no se hubiera apartado de Dios con un corazón exaltado en sí mismo. Verdadera es, porque es divina, aquella sentencia: Antes de la ruina se exalta el corazón (Prov. XVI, 18). Y donde se exalta contra Dios, allí es abandonado por Él y se oscurece en sí mismo. ¿Qué maravilla, pues, si al oscurecerse no sabe lo que sigue, ya que no es luz por sí mismo, sino que es iluminado por aquel que es luz? Que Dios sea siempre invicto, incluso el hombre vencido lo muestra: porque no habría sido vencido si no se hubiera apartado del invicto. ¿Cómo es, pues, vencedor del hombre el engañador, cuando él mismo también es engañado por sí mismo? Por lo tanto, tanto el que engañó como el que fue engañado, ambos fueron engañados al apartarse de aquel que no puede ser engañado; y ambos son vencidos al apartarse de aquel que no puede ser vencido. Quien más se aparta de Él, más es vencido; porque es tanto más inferior cuanto más deteriorado. Y por

eso es necesario que quien parece vencer al otro infligiéndole mal primero, sea más vencido al perder el bien: y no puede ser que tenga un lugar mejor, cuando su causa es peor. Y aunque el diablo pareció prevalecer temporalmente al superar al hombre, así también fue vencido eternamente al ser restaurado el hombre. Las palabras de Dios no son de confesión, sino más bien de reproche: He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros (Gén. III, 22). Así como el Apóstol donde dice, Concededme esta injuria (II Cor. XII, 13), ciertamente quiere ser entendido al contrario, si hay un pronunciante docto, no un calumniador indocto.

24. Por otra parte, ¿a quién le desagrada que el pecador sea prohibido del árbol de la vida, sino a quien quiere vivir mal impunemente? No era difícil para Dios quitarle la vida al hombre de cualquier otra manera si no hubiera querido que viviera: pero como las almas racionales viven de la sabiduría, cuya muerte es la insensatez, para significar esto, el árbol de la vida en el paraíso con su fruto no permitiría que el hombre muriera corporalmente. Que, por lo tanto, separado de allí fue entregado a la muerte, consumido por la edad, lo cual no le habría sucedido si siempre hubiera disfrutado de ese alimento, significó que primero su alma fue excluida del árbol de la vida espiritual por el pecado, y así ya muerta por una especie de muerte interior. Pues está escrito sobre la sabiduría: Es árbol de vida para los que la abrazan (Prov. III, 18). Lo que este no entiende cuando dice: ¿Cómo, entonces, antes de la maldición, el hombre inmortal podía vivir perpetuamente, si aún no había tomado de este árbol? Como si alguien le hubiera dicho, o hubiera leído en algún lugar de ese libro, que Adán aún no había tomado del fruto del árbol de la vida. Más bien, debe entenderse que de allí le venía la vida perpetua en el cuerpo, para que no fuera consumido por la vejez, y fue prohibido de allí para que, como castigo por el pecado, ya tuviera la necesidad de la muerte.

25. ¿Cómo, dice, comenzó a morir por la maldición de Dios, cuando la vida misma nunca tomó inicio de él? Como si Dios hubiera deseado la muerte para él, como un hombre para otro hombre: y no que las palabras de Dios pertenecen a la sentencia del que castiga, no a la ira del que maldice. Castigar con la muerte corporal fue separarlo del árbol de la vida, cuando ya había muerto espiritualmente, separado del alimento de la sabiduría. Dios, por lo tanto, quiso significar lo que le había sucedido en el alma, separándolo del árbol de la vida, que significaba la sabiduría.

26. Pero esta, dice, el árbol que en el paraíso llevaba el fruto de la vida, ¿a quién beneficiaba? ¿A quién, sino a esos primeros hombres, al varón y a la mujer, que habían sido establecidos en el paraíso? Luego, cuando estos fueron expulsados del paraíso por el mérito de su iniquidad, permaneció para la memoria de significar el árbol espiritual de la vida: que es, como hemos dicho, la misma sabiduría, alimento inmutable de las almas bienaventuradas. Sin embargo, si ahora alguien se alimenta de ese alimento, a menos que quizás Enoc y Elías, no creo que deba afirmarse temerariamente: pero si las almas de los bienaventurados no se alimentaran de aquel árbol de la vida, que está en el paraíso espiritual, no leeríamos que al ladrón que creyó en Cristo se le concedió el paraíso el mismo día: Amén, te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Estar allí con Cristo es estar con el árbol de la vida. Él es, en efecto, la Sabiduría, de la cual, como mencioné antes, está escrito, Es árbol de vida para los que la abrazan.

CAPÍTULO XVI.

27. ¿Acaso también debe refutarse esto, que él ridiculiza como si fuera agudo, según él mismo cree? Primero, que Dios no previó lo que sucedió; luego, que no pudo cumplir lo que pensó con gran empeño; tercero, que se volvió a la maldición al ser superado. ¿Cómo sabe que Dios no previó lo que sucedió? ¿Es porque sucedió? Más bien, si no hubiera sucedido, de

ninguna manera lo habría previsto como futuro, porque no iba a suceder. O si piensa que no lo previó porque, si lo hubiera previsto, habría provisto para que no sucediera: puede decir esto también de Cristo, quien dio un talento a un hombre que no iba a ganar nada; lo cual ciertamente había dado para que se aumentara su dinero, sea lo que sea que eso signifique. ¿Entonces, porque sucedió que aquel no ganó nada por su pereza, no lo previó aquel que lo dio? También puede decir que Cristo no cumplió lo que pensó con gran empeño sobre esta ganancia. Puede decir también lo tercero, que se volvió a la maldición al ser superado, porque dijo, Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores (Mat. XXV, 15-30): como se dijo de Adán, que separado del árbol de la vida, también fue castigado con la muerte del cuerpo (Gén. III, 24, 19). A este hombre elocuente, la maldición del que falla le parece el mandato del que tiene poder. Que diga, pues, que Cristo es impotente, porque no pudo lograr lo que deseaba sobre la adquisición de la riqueza espiritual: que diga que es envidioso y malicioso, porque envidió la luz y la salvación a su siervo, a quien ordenó arrojar a las tinieblas, donde habría llanto y crujir de dientes. Pero si no dice estas cosas de Cristo, para no mostrarse de este modo como no cristiano; ¿por qué se atreve a decir del creador del hombre y del juez del pecado lo que no se atreve a decir del redentor del hombre, y si desprecia sus preceptos, del vengador de la pena de muerte eterna, siendo el mismo? Pues ¿en quién más, sino en Cristo, lanza este ignorante sus maldiciones? ya que Él dijo, Si creyeráis a Moisés, me creeréis a mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46). ¿Qué hizo el Padre sin el Hijo entonces o alguna vez? Si, por lo tanto, la Escritura santa recomienda saludablemente no solo la bondad, sino también la severidad de Dios, porque Dios es amado y temido útilmente; de donde el Apóstol en el mismo lugar menciona ambos diciendo, Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios (Rom. XI, 22): ¿qué es lo que este insensato y precipitado, mientras se jacta de ser cristiano, reprende en el Dios de los Profetas, que encuentra en el Dios de los Apóstoles; ya que es el mismo Dios de ambos?

28. Pero lo que he mencionado sobre aquel siervo perezoso que la severidad de Dios envió a las tinieblas exteriores, donde no se dice que sea imprudente de los futuros porque confió su dinero a tal, ni impotente porque no lo dirigió para que actuara bien, él mismo lo corrigió, ni envidioso y malicioso porque lo envió a las tinieblas separado de la luz: esto debe considerar el lector fiel sobre todas las penas de los hombres, que se leen en los Libros proféticos infligidas a los pecadores. Esto, pues, también sobre el diluvio. Porque el Señor Jesús no predijo algo similar en su venida, cuando dijo: Como en los días de Noé comían, bebían, plantaban, edificaban, se casaban, se daban en matrimonio; vino el diluvio y los destruyó a todos: así será también la venida del Hijo del Hombre (Luc. XVII, 26, 27). Esto también sobre el endurecimiento del corazón de Faraón. Porque las letras del Nuevo Testamento no dicen de algunos: Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene (Rom. I, 28). Esto sobre el espíritu de mentira, que Dios, que usa bien incluso a los malos, envió con justísimo juicio para engañar al rey impío, como el profeta Micaías testifica que le fue mostrado en visión profética (III Reg. XXII, 19-23). Porque el apóstol Pablo no dudó en decir algo así, sabiendo que decía la verdad, cuando dijo: Dios enviará sobre ellos una operación de error, para que crean en la mentira, y sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad (II Tes. II, 10, 11). Esto sobre lo hecho por Moisés, a quien Dios dijo, Toma a todos los jefes del pueblo, y ofrécelos como víctimas al Señor contra el sol (Num. XXV, 4): esto es, en manifiesto durante el día. O lo que hizo con el ídolo, que Moisés así vengó, que nadie perdonara a su prójimo, matando con la espada a los impíos (Éxod. XXXII). Porque el Señor Jesús no dijo: Pero aquellos que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos y matadlos delante de mí (Luc. XIX, 27). Donde ciertamente, porque significa la muerte de las almas, es más temible y debe ser más temida por los fieles que la de los cuerpos. Por lo cual el mismo Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo,

pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno (Mat. X, 28).

29. Si alguien considera con mente fiel, como es digno, las muertes de este tipo, por las cuales las almas son enviadas al infierno, estimará muy vilmente cualquier matanza, por ingente que sea, y ríos de sangre de cuerpos mortales, de cualquier manera y en cualquier momento que mueran. Estas matanzas, que este exagera y describe con vanidad escolástica, para blasfemar contra Dios, que con tales muertes castigaba a aquellos para quienes tal terror era útil, infunde horror a los sentidos mortales, y cree que hace algo, lanzando patadas contra el agujón: para que, cuando acusa a la providencia de Dios por la muerte de la carne, sea enviado a la muerte del corazón en el infierno. ¿Quién, de cualquier sexo, no preferiría ser asesinado con la espada, incluso de la manera en que el sacerdote Finees mató a los fornicarios, en el mismo abrazo de nefaria voluptuosidad (Num. XXV, 8), estableciendo un terrible ejemplo de venganza contra las execrables lujurias, por lo cual agradó mucho a Dios: quién, digo, no preferiría ser asesinado de tal manera, quién no preferiría finalmente ser consumido por el fuego, o ser desgarrado por las bestias en las mismas partes pudendas, que ser entregado al infierno de fuego eterno? ¿Por qué, entonces, Dios de los cristianos castiga a los pecadores con tales muertes, para que después de la muerte transitoria del cuerpo, siga el castigo sin fin en el infierno, si no porque el Dios de ambos Testamentos es uno? Pues los judíos podrían decir contra la impiedad de este, por mucho que exagere guerras, matanzas, heridas, funerales, sangre, que su Dios es mucho más benigno que nuestro Dios, castigando mucho más benignamente con muertes transitorias de cuerpos, que con llamas perpetuas de infiernos.

30. Pero parece que este Dios de la Ley y los Profetas, que es el único y verdadero Dios, debe ser acusado de crueldad porque infligió la pena de muerte corporal por causas muy leves o incluso vergonzosas; porque David había contado al pueblo (II Reg. XXIV); porque los niños, como dice este, hijos del sacerdote Elí, habían degustado algo de las ollas o calderos preparados para Dios. En esto no discuto cuánto y cuán pernicioso vicio de soberbia se infiltró en un hombre tan santo, para que quisiera contar al pueblo de Dios, y fueron castigados con muertes no eternas, sino ya inminentes por la condición humana, y rápidamente transitorias, aquellos de cuya multitud se había inflado. Ni digo que los hijos de Elí no eran niños, como este habla, sin saber lo que dice; sino de esa edad en la que podían y debían ser reprimidos con una corrección digna por el sacrílego atrevimiento con el que se anteponian al Señor Dios en los sacrificios: lo cual, al ser descuidado, Dios, no consultando para sí mismo, sino para el pueblo al que la religión y la piedad habrían beneficiado, también lo vengó con guerra: donde pudieron aumentar el temor de Dios los que iban a vivir, por las muertes de aquellos que, aunque envejecieran, después de no largos períodos de tiempo iban a morir. Porque leemos que otros también murieron por las muertes de cuerpos, no por sus propios pecados, sino por los de otros (I Reg. II-IV): donde más está en el dolor del corazón la plaga de los vivos, que en la disolución de la carne la pena de los moribundos; donde las almas saliendo de los cuerpos tienen sus propias causas, buenas o malas, no agravadas porque están despojadas: pero por la muerte de las almas nadie es castigado por otro. Pero esto digo, cuánto estima este que fue el pecado, que en un banquete nupcial se encontró a un hombre sin vestimenta nupcial: creo que si medimos estas cosas con consideración humana, a este le habría bastado un poco avergonzarse; y si mucho se extendiera la indignación del que invita, ser obligado a cambiar de vestimenta: y sin embargo se dijo, Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. XXII, 11-13). Pero dirá, No significa una culpa leve no haber tenido vestimenta nupcial, porque estas pequeñas cosas son signos de grandes cosas. Así, pues, también los sacrificios visibles,

aunque sean en cosas terrenales pequeñas, son signos de grandes y divinas cosas: en las cuales los hijos del sacerdote se antepusieron a Dios mismo, cuyo honor se atiende en los sacrificios. Pero aquel invitado no se antepuso al esposo; sino que solo no concordó, porque no tenía la túnica nupcial. Sin embargo, entre los mismos castigos, en los cuales se vengó a ambos, aquel que distingue advierte cuánto difiere, y cuán incomparablemente esta supera a aquella, quien prefiere las cosas espirituales y eternas a las corporales y temporales.

31. Pero, ¿qué necesidad hay de querer inculcar un discurso inconveniente a los sentidos carnales sobre las significaciones místicas de los sacrificios y de la vestimenta nupcial? He aquí que presentemos lo que es más manifiesto: el Señor comparando el Evangelio con la antigua Ley, y testificando que no lo malo que los hombres habían aprendido antes, sino lo que Él enseñaba, era más perfecto: Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No matarás; pero el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: Cualquiera que se enoje contra su hermano, será reo de juicio; y el que diga, Raca, será reo del concilio; y el que diga, Fatuo, será reo del infierno de fuego (Mat. V, 21, 22). ¿Qué hay tan pequeño en los pecados como decirle a un hermano, Fatuo? ¿Qué hay tan grande en los castigos como el infierno de fuego? Si en la Ley o los Profetas este hubiera encontrado a alguien, porque dijo a su hermano, Fatuo, ordenado por Dios a ser lapidado, ¿cuánta crueldad no acusaría a Dios? Pero, ¿quién no preferiría, no digo ser lapidado, sino ser desgarrado y consumido por cada uno de los miembros, o más bien por cada uno de los fragmentos del cuerpo, poco a poco y minuciosamente, viviendo y sintiendo, que ser entregado a los fuegos del infierno? Sin embargo, que nadie diga que el Dios del Evangelio es más cruel que el Dios de la Ley, entendiendo que el Dios de ambos es uno y el mismo, en la Ley aterrorizando con penas carnales, en el Evangelio con penas espirituales; y aquí y allí fiel, en ninguna parte cruel.

32. ¿Qué es esto? ¿Acaso si Cristo encontrara una lengua extraña y blasfema contra Él, y como esta, condenable por su impía charlatanería, no sería más severamente y amargamente reprendido que por haber probado el manjar del sacrificio, indignándose así por la pena corporal y temporal impuesta por el sacrilegio? Donde el Señor, al venir, amenaza con decir a las naciones colocadas a su izquierda: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles". ¿Buscas la causa de este gran castigo? "Tuve hambre", dice, "y no me disteis de comer" (Mt. 25, 41-42). He aquí que por un alimento temporal, no quitado, sino no dado, amenaza con un castigo eterno y horrendo. Y con razón, si consultas la verdad. Pues lo que se da en limosnas es muy pequeño; pero cuando se da piadosamente, se obtiene de ello un mérito eterno. Y por eso, más bien porque es pequeño lo que se da, no se da con gran impiedad. De ahí que no sea de extrañar que a tal esterilidad, como a árboles infructuosos, se les prepare el castigo del fuego eterno. Pero si consultas al hombre, para que te responda de lo suyo, todo hombre es mentiroso (Sal. 115, 11), desprecia la culpa, exagera el castigo: pues aquella no la ve con mente carnal, y este lo teme con carne mortal. Así es este en todos los hombres que son castigados o corregidos en el Antiguo Testamento, con penas corporales mucho más leves que las que se leen en el Evangelio. ¿Qué diluvio puede compararse con los fuegos eternos? ¿Qué matanza, qué heridas, qué muertes corporales con los tormentos eternos? ¿Veinticuatro mil caídos, inflados con tanto ruido de bocas, como si no murieran diariamente innumerables miles en todo el mundo? Pero esta es una muerte corporal transitoria: ¿quién podría estimar cuántos miles estarán a la izquierda de todas las naciones, que están condenados a los fuegos eternos?

33. Que vaya y clame con boca abierta y ojos cerrados, como si Dios hubiera confesado su crueldad, porque dice por el profeta: "Afile mi espada como un rayo, embriagaré mis flechas con sangre, y mi espada devorará carne de la sangre de los heridos" (Deut. 32, 41-42). De

estas palabras acusa a Dios, como si siempre tuviera hambre de sangre humana, como si hubiera dicho: "Me embriagaré con sangre"; o "Devoraré carne de la sangre de los heridos". Pero por mucho que este útil aviso de Dios, como si fuera ávido de crimen, y, como dice, "gloriándose solo en la crueldad con los malos", lo tema vano y demente; ¿qué o cuánto vale, comparado con las palabras del que dice: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"? Allí no se embriagarán las flechas con sangre; sino que las llamas no se saciarán con todos los miembros: ni la espada devorará carne, quitando más rápidamente el sentido del dolor a los muertos que a los heridos; pero nadie se sustrae a los tormentos ni siquiera muriendo, para que en el que muere no muera también el castigo mismo. ¿Por qué no dice aquí: "¿Debemos adorar a este o más bien maldecirlo y huir de él?" ¿O teme decir esto de Cristo, para no escapar del castigo del fuego eterno, al que Él prepara enviar a los impíos; e ignora el miserable que al decir esto de Dios de los Profetas, lo dice de aquel cuya severidad tan temible teme ofender en el Evangelio?

CAPÍTULO XVII.

34. También reprende que las penas de los impíos, significadas por la uva de hiel y el racimo de amargura, y la furia de los dragones y áspides, dice que Dios las ha recogido y guardado en sus tesoros, para ser devueltas en el tiempo, cuando su pie resbale (Deut. 32, 32-35): ignorando que aquí se llaman tesoros las disposiciones ocultas de Dios, quien dispone devolver a cada uno según sus obras. De donde el Apóstol dice: "Pero tú, según la dureza de tu corazón y tu impenitencia, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras" (Rom. 2, 5-6). Pues, ¿ante quién atesora para sí ira el corazón impenitente, sino ante aquel que juzgará a vivos y muertos? Pues tampoco ignoran aquellos antiguos Libros el tesoro deseable, del cual está escrito allí que reposa en la boca del sabio (Prov. 21, 20, según LXX). Y en los Proverbios se lee que Dios atesora salvación para los que le aman (Prov. 8, 21); e Isaías el profeta dice: "En los tesoros está nuestra salvación: allí la sabiduría y la disciplina y la piedad hacia el Señor. Estos son los tesoros de la justicia" (Is. 33, 6). Pero los charlatanes y seductores de mentes, adversarios de las Escrituras sagradas, que no quieren entender, eligen de ellas lo áspero que allí se lee para recomendar la severidad de Dios; y de las Escrituras evangélicas y apostólicas lo suave que allí se lee para recomendar la bondad de Dios: y ante los hombres ignorantes infunden horror de aquí, y buscan favor de allá: como si fuera difícil que alguien igualmente blasfemo e impío se oponga al Nuevo Testamento de la misma manera que este al Antiguo, tomando del Antiguo lo que allí se recomienda la bondad de Dios, y al contrario del Nuevo lo que allí se recomienda la severidad de Dios; y clame envidioso y venenoso: "He aquí el Dios que debe ser adorado, misericordioso y compasivo, paciente y de mucha misericordia; que no se enojará para siempre, ni guardará su ira eternamente; que no nos ha hecho según nuestros pecados, ni nos ha pagado según nuestras iniquidades; sino que cuanto dista el oriente del occidente, ha alejado de nosotros nuestras transgresiones; que como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece de los que le temen" (Sal. 102, 8-13); que dice: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez. 18, 23, y 33, 11). No aquel que, por la avaricia de las ganancias, incluso al siervo que no perdió el talento que recibió, solo porque no ganó más, ordenó que, con las manos y pies atados, fuera arrojado a las tinieblas exteriores, donde habría llanto y crujir de dientes (Mt. 25, 14-30); y que al hombre que no tenía vestido nupcial lo saca de su banquete, y atado de manera similar lo castiga con un castigo similar (Mt. 22, 11-13); y que a los que vienen a él, y llaman, y dicen: "Señor, ábrenos"; responde: "No os conozco"; solo porque no llevaron consigo aceite para sus lámparas (Mt. 25, 1-2); y que por una palabra injuriosa envía al infierno (Mt. 5, 22); y que por un alimento temporal no recibido, condena al fuego eterno (Mt. 25, 41-42). Si alguien

con mente demente y sacrílega recoge de aquí lo suave, de allá lo áspero; y así intenta apartar a los hombres ignorantes de ambas Escrituras de Cristo como severo y cruel, y convertirlos al Dios de los Profetas misericordioso y manso; ¿no parecerá impuro e impío incluso a este mismo que hace esto con el Antiguo Testamento, lo que podría hacer un hombre igualmente sacrílego con el Nuevo? Pero quien adora correctamente a Dios, ciertamente encuentra en ambos Testamentos un solo Dios, y ama la bondad de ese único Dios en ambos, y teme su severidad en ambos: entendiendo en aquel al Cristo prometido, y recibiendo en este al Cristo cumplido.

35. ¿Acaso no se leyó primero en aquellos antiguos Libros que no se debe devolver mal por mal, donde se ordena que si alguien encuentra el asno de su enemigo extraviado, lo devuelva a su dueño; y si ha caído en el camino, no pase de largo, sino que lo levante con él (Ex. 23, 4-5)? ¿No está escrito primero allí lo que el Apóstol cita: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber" (Prov. 25, 21; Rom. 12, 20)? ¿No dice primero allí el hombre de Dios a su Dios, lo que sabe que le agrada: "Señor mi Dios, si he hecho esto, si hay iniquidad en mis manos, si he devuelto mal a los que me retribuyen mal" (Sal. 7, 4-5)? ¿No describe primero allí el profeta Jeremías la paciencia del santo, que ofrece la mejilla al que lo golpea (Lam. 3, 30)? ¿No se ordena primero allí por otro profeta que cada uno no recuerde la maldad de su hermano (Lev. 19, 18)? ¿Qué es entonces lo que este blasfemo recoge de aquí del Nuevo como contrario al Antiguo Testamento, o desconociendo ambas Escrituras, o fingiendo no saber para engañar a los ignorantes? Sin embargo, si se le pregunta si no devuelve mal por mal, quien por no recibir alimento envía al fuego eterno; ciertamente se turbará, y se le recordará que es incomparablemente más benigno quitar ojo por ojo, diente por diente a un hombre (Ex. 21, 24), donde la medida de la venganza no supera el límite de la injuria, que por no mostrar humanidad, devolver tal severidad, donde la culpa es transitoria, y el castigo no tiene fin: y así aprenderá, si no es obstinado, en ambos Testamentos del único Dios, a amar la bondad y temer la severidad. Pues aunque en el Antiguo Testamento, por la promesa de bienes temporales y la amenaza de males, la Jerusalén temporal engendra siervos; en el Nuevo, donde la fe obtiene la caridad, por la cual la ley puede cumplirse no más por temor al castigo que por amor a la justicia, la Jerusalén eterna engendra libres (Gál. 4, 22-31): sin embargo, en aquellos tiempos también hubo justos espirituales, a quienes no mataba la letra que ordenaba, sino que vivificaba el espíritu que ayudaba (2 Cor. 3, 6). De donde también la fe en el Cristo venidero habitaba ciertamente en los Profetas, que anunciaban al Cristo venidero; y ahora hay muchos carnales, que o hacen herejías por no entender las Escrituras, o en la misma Iglesia Católica o aún son niños alimentados con leche, o como paja perseverante se preparan para los fuegos futuros. Así como el único y verdadero Dios es creador de bienes tanto temporales como eternos, así el mismo es autor de ambos Testamentos; porque el Nuevo está figurado en el Antiguo, y el Antiguo está revelado en el Nuevo.

36. Pero la misericordiosa mansedumbre de perdonar, por la cual se dijo que no solo siete veces, sino hasta setenta veces siete se deben perdonar los pecados al hermano, no vale para que la iniquidad quede impune, o la disciplina se adormezca y duerma, lo cual más perjudica que una venganza diligente y vigilante. Pues Cristo dio las llaves del reino de los cielos a la Iglesia, no solo diciendo: "Lo que desatéis en la tierra, será desatado en los cielos"; donde la Iglesia claramente no devuelve mal por mal: sino también añadiendo: "Lo que atéis en la tierra, será atado en los cielos"; porque buena es también la justicia de castigar. Pues aquello que dijo: "Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y publicano"; es más grave que si fuera herido con espada, consumido por llamas, o entregado a las fieras. Pues allí también añadió: "En verdad os digo, lo que atéis en la tierra, será atado en los cielos" (Mt. 18,

17-22): para que se entendiera cuán más gravemente está castigado quien parece haber quedado impune. Aquí diga este, si le place: "¿Acaso hemos recibido los mandamientos del Salvador ordenando: 'No devolváis mal por mal a nadie; pero si alguien te golpea en una mejilla, ofrécele también la otra'; y, 'Perdonad las injurias a vuestros hermanos'?" (Mt. 5, 39-44, y 18, 35). He aquí que por hombres que no devuelven mal por mal, un hombre es atado más amargamente e infeliz con las llaves de la Iglesia, que con cualquier cadena de hierro o adamantina más grave y dura. ¡Lejos esté, dice, que yo diga esto, porque soy cristiano! Si esto fuera verdad, tampoco habría dicho aquello. Porque el Dios de los Profetas cuyos escritos blasfema, es el mismo Dios de los Apóstoles cuyos escritos teme blasfemar.

CAPÍTULO XVIII.

37. Pero David, dice, rogó a Dios, y no fue escuchado, sino al ofrecer un sacrificio, para que se perdonara a hombres que no habían pecado (2 Sam. 24): y por eso no se debe creer que Dios es verdadero, quien se deleita en sacrificios. Ya hemos respondido anteriormente sobre el castigo de los hombres muertos, a quienes, cuando alguna vez habrían de morir, esa muerte no les perjudicó, y sin embargo, por sus muertes, el corazón del rey que se ensalzaba fue justamente castigado. Pero sobre el sacrificio, este no entiende nada: y por eso se engaña, porque ya el pueblo de Dios no ofrece tales sacrificios a Dios, después de que vino el único sacrificio, del cual todos aquellos eran sombras, no desaprobándolo, sino significándolo. Pues así como una cosa puede ser significada por muchas locuciones y muchas lenguas; así un verdadero y singular sacrificio fue antes significado por muchas figuras de sacrificios. De las cuales cada una aquí discutir cuán largo sería, lo veis. Sin embargo, sepan los insensatos, tardos para entender, y precipitados para reprender, que el demonio no exigiría sacrificio para sí, si no supiera que se debe al verdadero Dios. Pues el falso Dios quiere ser honrado por aquellos a quienes engaña, como el verdadero Dios por aquellos a quienes aconseja: y principalmente el sacrificio es lo que se debe especialmente a Dios. Pues los demás servicios que se ofrecen a la divinidad, los hombres se han atrevido a arrogárselos a sí mismos con el orgullo de la soberbia. Sin embargo, se mencionan muy pocos que se atrevieron a ordenar que se les sacrificara, cuando podían con poder real. Pero cualquiera que se atrevió, por esto quiso ser tenido como dios. Pero, ¿quién no sabe que Dios no necesita sacrificios, ni alabanzas nuestras? Sin embargo, así como es útil para nosotros, no para Él, alabar a Dios; así es útil para nosotros, no para Él, ofrecer sacrificio a Dios. Porque con el único y verdadero sacrificio, la sangre de Cristo fue derramada por nosotros: por eso, en los primeros tiempos, para profetizar este sacrificio con tales significaciones, Dios ordenó que se le ofrecieran sacrificios de animales inmaculados; para que así como aquellos eran inmaculados de los vicios corporales, así se esperara que fuera inmolado por nosotros, quien solo era inmaculado de pecados. Estos tiempos se predicen por el profeta así: "Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso; desde Sion, la belleza de su esplendor". Y poco después en el mismo salmo: "Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo; Israel, y testificaré contra ti: porque yo soy Dios, tu Dios. No te reprenderé por tus sacrificios; tus holocaustos están siempre ante mí. No tomaré de tu casa becerros, ni machos cabríos de tus rebaños. Porque mías son todas las bestias del bosque, el ganado en los montes y los bueyes. Conozco todas las aves del cielo, y la belleza del campo está conmigo. Si tuviera hambre, no te lo diría: porque mío es el mundo y su plenitud. ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga tus votos al Altísimo". Y de nuevo al final del mismo salmo: "El sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por el cual le mostraré la salvación de Dios" (Sal. 49). Ya he mencionado y mostrado anteriormente que esta salvación de Dios, que Él mismo es Cristo (arriba, n. 15). Pero, ¿qué sacrificio de alabanza es más sagrado que en la acción de gracias?

¿Y por qué se deben dar mayores gracias a Dios, que por su gracia a través de Jesucristo nuestro Señor? Todo lo cual los fieles saben en el sacrificio de la Iglesia, del cual todos los tipos anteriores de sacrificios eran sombras. Pero estos charlatanes críticos del Antiguo Testamento, incluso si no entienden lo demás que he mencionado de este salmo, les basta, en cuanto a la cuestión presente se refiere, que el Dios de los Profetas, que es también el Dios de los Apóstoles, no come carne de toros, ni bebe sangre de machos cabríos. Pues así lo conocían los santos, que llenos de su Espíritu decían estas cosas. De donde aquello que David ofreció, para que se perdonara al pueblo, era una sombra del futuro, que significaba que por un solo sacrificio, del cual aquella era figura, se perdona espiritualmente al pueblo. Pues Él mismo es Cristo Jesús, "quien fue entregado", como dice el Apóstol, "por nuestras transgresiones, y resucitó para nuestra justificación" (Rom. 4, 25): por lo cual también dice: "Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado" (1 Cor. 5, 7).

CAPÍTULO XIX.

38. De donde este intentó probar que evidentemente servía a los demonios, quien los mereció con sacrificios, queriendo que esto se entendiera de San David, allí muestra más claramente con cuánta astucia acecha las mentes de los inexpertos. Pues ha citado al Apóstol como testigo, porque dijo: "Mirad a Israel según la carne: ¿no son partícipes del altar los que comen de los sacrificios?" ¿Qué, pues? ¿Digo que el ídolo es algo? Pero los que sacrifican, sacrifican a los demonios. Lo cual no está escrito así, sino así: "Mirad a Israel según la carne: ¿no son partícipes del altar los que comen de los sacrificios?" ¿Qué, pues? ¿Digo que lo sacrificado a los ídolos es algo, o que el ídolo es algo? Sino que lo que sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no a Dios. No quiero que os hagáis partícipes de los demonios. Sin embargo, pudo suceder que, según la variedad de interpretaciones, no en las cosas, sino en las palabras, lo que yo dije, "según la carne"; otros códices tengan "carnalmente": y lo que yo dije, "los que comen de los sacrificios"; algunos tengan "comen las víctimas"; lo que él puso: y lo que yo, "son partícipes del altar"; algunos tengan "son partícipes del altar": y lo que yo puse, "¿Qué, pues? ¿Digo que lo sacrificado a los ídolos es algo?" él lo haya puesto menos, o su códice lo haya tenido menos; y por eso solo puso, "que el ídolo es algo". Lo que sigue es muy relevante, porque lo puso de otra manera. Pues el Apóstol dice: "Sino que lo que sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no a Dios". Pero este dijo: "Pero los que sacrifican, sacrifican a los demonios", como si todos los que sacrifican no sacrificaran sino a los demonios. Pues el Apóstol no dijo, "Los que sacrifican"; sino, "lo que sacrifican"; o, como yo lo he puesto, "inmolan": aquellos que adoran ídolos; lo que sacrifican, lo sacrifican a los demonios y no a Dios, o inmolan. Y por eso añadió: "No quiero que os hagáis partícipes de los demonios": pues les prohibía la idolatría. Por lo cual quiso mostrarles que así se hacían partícipes de los demonios, si comían de los sacrificios ofrecidos a los ídolos, como Israel carnal era partícipe del altar en el templo, quien comía de los sacrificios. Por eso añadió, "carnalmente", o "según la carne"; porque hay un Israel espiritualmente, o según el espíritu, que ya no sigue las sombras antiguas, sino la verdad que fue significada por aquellas sombras precedentes. Pues de aquí comenzó, para decir esto: "Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría". Luego mostró a qué sacrificio ya deben pertenecer, diciendo: "Como a prudentes digo, juzgad vosotros lo que digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo del Señor? Porque un solo pan y un solo cuerpo somos muchos; todos participamos de un solo pan" (I Cor. X, 14-20). Y por esto añadió: "Mirad a Israel según la carne: ¿no son partícipes del altar los que comen de los sacrificios?" Para que entendieran que ya son partícipes del cuerpo de Cristo, como aquellos son partícipes del altar. Y porque para decir esto, les prohibía la idolatría; de donde este lugar de su discurso, como he recordado, tomó su inicio: para que no pensaran que por eso no debía

preocuparse, si comían de los sacrificios de los ídolos, porque el ídolo no es nada, pensando que estas cosas no les harían daño como superfluas, él mismo confirmó que el ídolo no es nada: ni por eso prohibía estas cosas, porque se inmolan a los ídolos que no tienen sentido; sino porque "lo que inmolan", dice, es decir, los adoradores de ídolos, "lo inmolan a los demonios y no a Dios. No quiero que os hagáis partícipes de los demonios". Este sentido lo declara la misma verdad: porque en el templo al que servía carnalmente Israel, ciertamente no se adoraba un ídolo. Pues si los sacrificios que en aquel templo se ofrecían a Dios según la antigua Ley, fueran condenados como sacrificios de ídolos, o como inmolados a los demonios, de ninguna manera el mismo Señor Cristo diría al leproso que había limpiado: "Ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moisés para testimonio a ellos" (Mat. VIII, 4). Pues aún no había dado por todos aquellos sacrificios el sacrificio de su cuerpo, aún no había resucitado el templo de su cuerpo. Ni al expulsar de aquel templo a los que vendían bueyes y palomas, diría: "Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" (Id. XXI, 13).

CAPÍTULO XX.

39. Ciertamente este puso testimonios de los apócrifos, que están escritos bajo los nombres de los apóstoles Andrés y Juan. Que si fueran de ellos, habrían sido aceptados por la Iglesia, que desde sus tiempos, a través de sucesiones episcopales certísimas, hasta nuestros tiempos y en adelante persevera, e inmola a Dios en el cuerpo de Cristo el sacrificio de alabanza, desde que "Dios de dioses habló y llamó a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso". Pues esta Iglesia es Israel según el espíritu; de la cual se distingue aquel Israel según la carne, que servía en las sombras de los sacrificios, con los cuales se significaba el sacrificio singular que ahora ofrece Israel según el espíritu, al cual se le dijo y predijo: "Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo; Israel, y testificaré contra ti" (Sal. XLIX, 2, 7): y las demás cosas que ya he mencionado antes. Pues de su casa no toma becerros, ni machos cabríos de sus rebaños. Este inmola a Dios el sacrificio de alabanza, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec. Lo cual está puesto en aquel salmo, que el Señor Jesús en el Evangelio testimonia que está escrito sobre él, preguntando a los judíos que respondían que Cristo es hijo de David, lo cual solo conocían de él carnalmente, cómo David en el Espíritu lo llamó Señor. Entonces recordó el inicio de este salmo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies". Pues allí también se dice: "Juró el Señor, y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Mat. XXII, 42-45; Sal. CIX, 1, 4). Saben los que leen, qué ofreció Melquisedec, cuando bendijo a Abraham (Gen. XIV, 18, 19): y si ya son partícipes de él, ven tal sacrificio ahora ofrecido a Dios en todo el mundo. Pero el juramento de Dios es la reprensión de los incrédulos. Y que Dios no se arrepentirá, es señal de que este sacerdocio no cambiará. Pues cambió el sacerdocio según el orden de Aarón. De donde otro profeta dice a aquel que es Israel carnalmente: "No tengo complacencia en vosotros, dice el Señor omnipotente, y no aceptaré ofrenda de vuestras manos. He aquí lo que es según el orden de Aarón. Pero añade por qué no acepta esto, y dice: Porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mi nombre es glorificado entre las naciones, y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y ofrenda pura; porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor omnipotente" (Mal. I, 10, 11). He aquí lo que es según el orden de Melquisedec. Pues el incienso que en griego es θυμίαμα, como lo expone Juan en el Apocalipsis, son las oraciones de los santos (Apoc. V, 8). Pues aquel Dios, como se canta en el Salmo, que "llamó a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso"; a la cual tierra, es decir, al pueblo extendido desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, diría: "No tomaré de tu casa becerros; inmola a Dios sacrificio de alabanza" (Sal. XLIX, 2, 9, 14): él mismo por este profeta, prediciendo como ya hecho lo que

ciertamente habría de suceder, dice: "Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mi nombre es glorificado entre las naciones, y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y ofrenda pura; porque grande es mi nombre entre las naciones".

40. Pues Dios no se arrepiente como un hombre; sino como Dios: así como no se enoja como un hombre, ni se compadece como un hombre, ni tiene celos como un hombre; sino todo como Dios. El arrepentimiento de Dios no es después de un error: la ira de Dios no tiene el ardor de un ánimo perturbado: la misericordia de Dios no tiene un corazón compasivo y miserable, de donde en la lengua latina tomó su nombre: el celo de Dios no tiene la envidia de la mente. Pero se dice arrepentimiento de Dios, el cambio inesperado para los hombres de las cosas puestas bajo su poder: la ira de Dios es la venganza del pecado: la misericordia de Dios es la bondad de ayudar: el celo de Dios es la providencia, por la cual no permite que aquellos que tiene sometidos, amen impunemente lo que prohíbe. De donde este que tan locuazmente ha criticado el arrepentimiento de Dios, aprenda primero que apenas se encuentra algo que pueda decirse dignamente de Dios; pero muchísimas cosas y casi todas las decimos de él por necesidad de hablar, que más bien los hombres miden desde los hombres, pero como deben entenderse de él apenas son entendidas por pocos y espirituales. Por lo cual la Escritura divina, hablando de él inefablemente, desciende incluso a algunas palabras que ya a los hombres, incluso a los carnales, cuando se habla de Dios, les parecen absurdas e indignas: para que cuando se teme que estas sean entendidas como se acostumbra en los hombres, y se discuten cómo pueden ser bien entendidas de Dios, allí se aprenda también que aquellas que a los sentidos humanos en las mismas Escrituras parecían dignas de Dios, no deben ser entendidas o creídas según las costumbres de los hombres. Pues pronto se ve que el arrepentimiento, como lo practican los hombres, no cabe en Dios: pero no pronto se ve que también la misericordia, como los hombres se compadecen, no cabe en Dios. Desde aquello que confiesa que debe buscarse, aprende el hombre también a buscar esto, que ya pensaba que era suficiente. Así pues, cuando se arrepiente, no se cambia, y cambia; como cuando se enoja, no se mueve, y castiga; y cuando se compadece, no sufre, y libera; y cuando tiene celos, no se aflige, y aflige.

41. ¿Acaso en los libros del Nuevo Testamento faltan estas palabras, que si se toman como se entienden en los hombres, de ninguna manera convienen a la divinidad, y causan grave ofensa? Pues cuando el evangelista dice verdaderamente de Cristo, que "no tenía necesidad de que nadie le diera testimonio del hombre; porque él sabía lo que había en el hombre" (Juan II, 25); ¿por qué él mismo dice a algunos: "No os conozco" (Mat. XXV, 12)? Pues a los mismos santos suyos, habiéndolos conocido y elegido antes de la constitución del mundo: ¿qué es lo que dice el Apóstol: "Ahora, empero, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios" (Gál. IV, 9); como si ahora los conociera, a quienes antes no conocía? Lo que dice: "No apaguéis el Espíritu" (I Tes. V, 19), como si el Espíritu pudiera apagarse, ¿quién lo soporta, sino quien lo entiende prudentemente? ¿No está escrito en el Evangelio: "El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él" (Juan III, 36)? Que este blasfemo calumnie también a esta palabra, y diga: ¿Qué clase de ser es el que se enoja, cuando está escrito: "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Santiago I, 20)? Que calumnie de este modo también al Apóstol que dice: "¿Es acaso injusto Dios que inflige ira?" (Rom. III, 5). Ahora bien, si alguien dijera: "Cristo se avergonzará", y esto en el tiempo en que juzgará a vivos y muertos; ¿quién lo escucharía pacientemente como cristiano? Sin embargo, en el Evangelio, "El que se avergüence de mí y de mis palabras, en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles" (Marcos VIII, 38). ¿Por qué, pues, orando decimos: "Santificado sea tu

nombre" (Mat. VI, 9), si siempre es santo; sino porque es verdad también lo que está escrito de algunos, que "profanaron el nombre del Señor su Dios" (Ezequiel XLIII, 8)? Y ¿por qué se dijo al Señor: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Lucas XXIII, 42), si no olvida nada; sino porque no insensatamente, sino inteligentemente se le dice: "¿Te olvidarás de nuestra aflicción y de nuestra tribulación?" (Sal. XLIII, 24). Por tanto, él también sabiamente no sabe; y lo que siempre supo, a veces lo conoce; y cuando es apagado por los que niegan, permanece inextinguible; y se enoja tranquilamente; y no puede ser avergonzado, incluso cuando se avergüenza; y su nombre no puede ser profanado, incluso cuando es profanado; y no puede olvidar, incluso cuando olvida; y recuerda, incluso cuando es advertido. Así es inefable. Pues de él se dicen cosas, de quien nada por el hombre o del hombre se dice suficientemente digno y suficientemente competente. Siendo así, ¿quién religioso no soplará a este como polvo, que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4); quien hinchado y altivo y arremetiendo contra los ojos de los débiles, y perturbándolos, parece decir algo, criticando palabras en el Antiguo Testamento que no entiende, ni mirando las que en el Nuevo entiende?

42. Pero esto sobre el arrepentimiento de Dios, de donde se hizo que habláramos, cuando recordábamos la profecía sobre Cristo, donde se dijo: "Juró el Señor y no se arrepentirá, Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec", para recomendar el sacrificio salvador, en el cual por nosotros se derramó la sangre sagrada, de la cual eran sombras los sacrificios, que de animales inmaculados se ordenó inmolar: esto, pues, sobre el arrepentimiento de Dios, para que no se pensara que debía tomarse así, como para que de lo que no entiende, ladrara rabiosamente en blasfemias, tenía de dónde ser advertido en lo cercano. Pues él mismo recordó que Dios dijo: "Me arrepiento de haber ungido a Saúl como rey". Pero esto está escrito que fue dicho a Samuel el santo, por quien Dios reprendió a Saúl, porque al hombre que Dios había mandado matar, perdonó, mostrando como misericordia despreciando la obediencia: como si supiera mejor qué debía hacerse con el hombre, que aquel que hizo al hombre. Donde aprendemos lo más saludable, que siempre el mandato divino, vengza en nosotros el afecto humano. Sin embargo, el mismo Samuel a quien Dios dijo: "Me arrepiento de haber ungido a Saúl como rey"; dice claramente que Dios no se arrepiente. Pues así está escrito: "Y vino la palabra del Señor a Samuel, diciendo: Me arrepiento de haber constituido a Saúl como rey, porque se ha apartado de mí, y no ha guardado mis palabras". Y poco después Samuel dijo a Saúl: "El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano hoy, y lo dará a tu prójimo mejor que tú, y se dividirá Israel en dos: y no se convertirá, ni se arrepentirá; porque no es como hombre, para que se arrepienta" (I Sam. XV, 11, 28, 29). He aquí quien sabía entender a Dios sin miseria compadeciéndose, sin ira enojándose, sin celo teniendo celos, sin olvido olvidando, sin ignorancia no sabiendo, sin arrepentimiento arrepintiéndose: no este que según la palabra de Dios no hablando, y sus Escrituras no considerando, y sus voces no atendiendo, se ha hecho mudo ladrador, ciego lector, sordo oyente.

43. "Olvidadizo", dice, "Dios y con memoria muerta puso un arco en las nubes, que se llama iris, para que se le recuerde no destruir más al género humano con un diluvio" (Gen. IX, 12-17), "sin saber en absoluto qué hace, a quien con razón le hace falta un monitor constante". Este, en verdad, no con memoria, sino con alma muerta, sin saber qué dice, si en cosas más claras calumnia, ¿cuánto más se oscurece en las nubes, y se ve obligado a delirar? Sin embargo, para responderle rápidamente, así digo que Dios quiso ser advertido, aunque no esté olvidado, como Cristo quiso ser enseñado dónde estaba puesto Lázaro, aunque no estuviera ignorante. Pues no quiero decir, a quiénes representa aquel arco, resplandeciente desde las nubes con fulgor, y con los rayos de luz con los que se ilumina la oscuridad rociada,

respondiendo de algún modo con una confesión grata; y cómo Dios no destruye el mundo con un diluvio espiritual, mientras está recordando a aquellos, de quienes las nubes iluminadas llevan la figura: pues los nombres de estos están escritos en los cielos, para que el Padre que está en los cielos los recuerde; porque no saben que brillan de lo suyo, sino del sol de justicia, como aquellas nubes del sol visible. Pero desde aquello que he recordado, debe ser urgido, cómo entiende al Señor diciendo de Lázaro, "¿Dónde lo habéis puesto?" (Juan XI, 34); y se le muestra el lugar, como si no lo supiera. Pues si no confesamos que él significó algo con esta pregunta, en la que parecía ignorante, ¿cómo predicamos que Cristo no solo conocía las cosas presentes, sino que también preveía las futuras? Máxime porque este se precipitó en una sentencia de admirable ceguera, al decir: "Nadie pregunta sino el ignorante". Donde no pudo pensar, cuántas veces Cristo ha preguntado. ¿Acaso no pregunta quien dice: "¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo?" (Mat. XXII, 42). ¿Qué testimonio más claro que este? Que si es demasiado duro, ¿acaso también allí negará que Cristo preguntó, donde él mismo testifica que pregunta, diciendo: "Yo también os preguntaré una cosa; que si me decís, también yo os diré con qué autoridad hago estas cosas: ¿El bautismo de Juan, de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?" (Id. XXI, 24, 25). ¿Dónde se esconderá ahora el más locuaz contra Dios, y el más desesperado disputador? ¿Dónde está lo que dice: "Nadie pregunta sino el ignorante"? He aquí que Cristo no es ignorante, y sin embargo pregunta. Con estos ojos reprende al Dios de los Profetas, con los cuales no ve a Cristo. Pero en tales preguntas, Cristo es evidentemente un maestro. En estas, sin embargo, cuando dice: "¿Dónde lo habéis puesto?" y "¿Quién me ha tocado?" (Lucas VIII, 45), y si se lee que ha dicho algo de este tipo, parece querer ser enseñado lo que no sabe, y sin embargo lo sabe. Así pues, también en aquellos Libros Dios es como si olvidado fuera advertido, pero sin embargo, lejos esté que alguna vez olvide algo.

44. ¿Acaso lo que el Señor dijo a sus discípulos, "Regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos" (Lucas 10, 20), no parece como si Dios nos advirtiera desde aquel arco que resplandece en las nubes, con ciertas letras en el cielo? Si estas cosas no se aceptan con piedad, hasta que la fe logre que se entiendan, ¿no se ridiculizan como fabulosas? ¿Y quiénes se ríen de ellas, sino los insensatos, que cuanto más se creen sabios, más y más se vuelven dementes? ¿Quién piensa cómo se escriben en los cielos para la memoria de Dios los que siguen al Señor, y cómo se escriben en la tierra los que abandonan al Señor, de quienes el profeta Jeremías dice: "Todos los que te abandonan serán avergonzados; los que se apartan, serán escritos en la tierra" (Jeremías 17, 13)? A quienes Jesús bien se entiende que significó, cuando los judíos, vencidos y confundidos, al oír "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra", se retiraron uno tras otro. Entonces él, mostrando de qué número eran, escribía con el dedo en la tierra (Juan 8, 7-9).

CAPÍTULO XXI.

45. Si pensamos, dice, que los hombres del diluvio merecieron la sentencia por su conducta, y que Noé, justo, fue preservado para la restauración de una mejor creación; ¿por qué desde entonces surgen peores, y el nacimiento del género humano se revuelve aún ahora en los mismos actos de vida impura? Lo dice como si hubiera vivido con aquellos que perecieron en el diluvio, y de ahí supiera que ahora surgen peores. Pero ya sea en peor, en lo mismo, o en mejor acto, después del diluvio se mueve el género humano, creo que el juicio debe dejarse a Dios, quien sabe retribuir a cada uno según sus méritos: no a este perro rabioso que ladra contra su Señor, ni al asno necio que patea contra el aguijón. El apóstol clama: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue

su consejero?" (Romanos 11, 33-34). Y este, al que nadie es consejero, se atreve a ser adversario. ¿Y qué importa, si todos han de morir, en cuanto a la muerte del cuerpo, si mueren uno por uno, o todos juntos al mismo tiempo; salvo que cuando mueren uno por uno, todos sufren la muerte y todos el dolor de los muertos; pero cuando una sola destrucción arrebata a todos juntos, al menos a nadie se le deja el duelo? Sin embargo, también hubo un consejo más profundo en aquel diluvio, que el corazón de los infieles ni conoce ni comprende. Pero no quiero hablar de mí mismo, que este escuche más bien al apóstol Pedro diciendo: "En los días de Noé, mientras se preparaba el arca, ocho almas fueron salvadas por agua: lo cual también a vosotros, dice, os salva ahora en forma de bautismo, no la eliminación de las inmundicias de la carne, sino la demanda de una buena conciencia hacia Dios por la resurrección de Jesucristo" (1 Pedro 3, 20-21). He aquí que tiene expuesto el sacramento del diluvio. Donde se añadió "por la resurrección de Jesucristo", para que entendiéramos el día octavo, que significó en el arca el número de personas: pues en el octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, el Señor resucitó. Así, pues, aquellos hechos que se conmemoran, si alguien los entiende, también fueron profecías. Pero este, fuera del arca, es decir, fuera de la Iglesia, fue sumergido en el diluvio, no lavado.

CAPÍTULO XXII.

46. También calumnia y blasfema del testimonio del profeta Isaías, porque dijo: "Hijos crié y engrandecí, pero ellos me despreciaron"; y poco después los llamó "semilla malvada" (Isaías 1, 2-4), como mostrando que es el progenitor de los malos, cuyos hijos son semilla malvada: sin saber que por esto se les llama semilla malvada, porque degeneraron de la gracia de Dios por la cual habían sido hechos sus hijos, pecando, y se hicieron hijos de aquellos a quienes quisieron imitar. Por lo cual en otro lugar se les dice: "Tu padre fue un amorreo, y tu madre una hitita" (Ezequiel 16, 3): de cuyos pueblos siguieron la impiedad y la maldad, aunque no tomaron de ellos el origen de la carne. Pero que este resuelva la cuestión evangélica, donde el Señor dice: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?" (Lucas 11, 13). Que diga cómo es bueno Dios, padre de los malos: pues ambas cosas dijo la Verdad. ¿Acaso no eran malos a quienes dijo: "Si pues vosotros, siendo malos"? ¿Acaso no tenían a Dios como buen padre a quienes dijo: "¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan?" Pero si fueron llamados malos por los pecados, sin los cuales no hay en esta debilidad de los mortales vida de justos; ¿cuánto más convenientemente se llamaría semilla malvada, la que nace de voluntad impía, y brota con costumbres execrables?

47. Pero a este Dios, dice, el Señor Cristo lo llamó árbol malo que produce frutos malos. Más bien, este mismo discurso blasfemo es fruto malo de quien tales cosas siente como árbol malo. Pues el Señor dijo que el hombre malo es árbol malo, cuyos frutos malos son obras malas; y el hombre bueno es árbol bueno, cuyos frutos buenos son obras buenas (Mateo 7, 15-20); es decir, las mismas voluntades de los hombres, o mala del hombre malo, o buena del hombre bueno, son diferentes árboles que producen diferentes frutos, lo atestigua él mismo claramente, diciendo: "El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el hombre malo del mal tesoro de su corazón saca cosas malas. ¿Cómo diría, 'O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo' (Mateo 12, 35, 33); si el hombre no pudiera ahora convertirse en esto, ahora en aquello, con voluntad cambiada?"

CAPÍTULO XXIII.

48. Pero el mismo Dios, dice, por el mismo profeta confiesa, y dice: "Yo soy Dios que hago el bien y creo el mal" (Isaías 45, 7). Así es: él es el Dios, de quien dice el Apóstol: "Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios" (Romanos 11, 22). Pero esta severidad suya es mala para los condenables, porque les trae el mal de la condenación. Pues como es justa, de otro modo se encuentra buena: todo lo justo es bueno. ¡Cuán elegantemente se cree este que discute y distingue las palabras, sin saber lo que dice! Pues aunque puso este testimonio de tal manera, que no se dijera, "Haciendo el bien y el mal"; o, "creando el bien y el mal"; o, "creando el bien y haciendo el mal"; sino, "haciendo el bien y creando el mal": quiere convertirlo en crimen; y trata de mostrar que lo que se hace, se hace externamente; pero lo que se crea, está en el creador mismo, y de ahí procede: para que el Dios de los Profetas parezca haber sido alguna vez hacedor de bien ajeno a sí mismo, pero creador de mal como naturalmente malo, produciendo de sí mismo lo que creó. Si consideramos estas palabras según la costumbre de la locución humana, tanto lo que se hace como lo que se crea, no solo los hijos que uno engendra de sí mismo, sino también los magistrados y las ciudades, y cualquier otra cosa que no sale del que engendra, sino que se hace externamente. Pero si investigamos cómo suelen hablar las Escrituras sagradas, a las que este acecha, o esto es hacer lo que crear, de lo cual, sin embargo, se distingue engendrar; y por causa de variar el verbo, no para alguna diferencia de cosas, pudo decirse, "haciendo el bien y creando el mal"; cuando también pudo decirse, "creando el bien y haciendo el mal": o si el Espíritu profético hubiera querido que hubiera alguna diferencia aquí, mucho más adecuadamente se entenderían estas palabras, para que entendiéramos que se hace lo que si no se hiciera, no sería en absoluto; pero crear, es constituir algo a partir de lo que ya era, como dijimos que se crean magistrados y ciudades: pues también aquellos se constituyen en honores de los que ya eran hombres, cuando se crean magistrados; y la madera y las piedras con las que se construyen las ciudades, ciertamente ya existían, pero aún no habían llegado a esa forma de cosas que vemos en las ciudades, por cierto orden y composición; lo cual cuando se hace, se dice que se crean ciudades. Pues lo que los griegos llaman κτίζειν, nuestros traductores a veces lo interpretan como crear, a veces como constituir, a veces como fundar, lo cual muy a menudo significa lo mismo en esas Escrituras que hacer. Pues leemos que "Dios hizo al hombre a imagen de Dios", y "Dios creó al hombre incorruptible" (Sabiduría 2, 23): y si alguna vez se dice con alguna diferencia, esto puede ser más correctamente lo que dije, que hacer es lo que no era en absoluto; pero crear, es constituir algo ordenando a partir de lo que ya era. Por lo tanto, en este lugar se dijo que Dios "crea el mal", porque a los pecadores los convierte en mal por la disposición de su severidad, lo que por la abundancia de su bondad fue hecho bueno. De donde dice el apóstol Pablo: "Somos buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que se pierden: a unos ciertamente olor de vida para vida, a otros olor de muerte para muerte. Pero cuando inmediatamente sigue, y dice, '¿Y para estas cosas quién es suficiente?' (2 Corintios 2, 15-16), ¿no somos de algún modo importunos al imponer estas cosas a los carnales no estudiosos, sino contenciosos, de ninguna manera idóneos para comprenderlas, que ojalá al menos dejaran de criticarlas?"

49. Pues cuán grande conflicto se había suscitado contra los arrianos, para que no dijeran que el Hijo unigénito era criatura, pensando que creado es lo mismo que engendrado, este tal vez lo ignora. Pero para que su regla falaz y torcida, golpeada, se rompa por el mismo testimonio profético y evangélico que él mismo puso; así habla Dios por el profeta: "Yo creo la luz y hago las tinieblas, hago la paz y creo el mal" (Isaías 45, 7). Lo cual él ni lo puso todo, ni como está escrito allí. Y aquello ciertamente es fácil de disimular, que en lugar de paz puso "bienes"; porque la paz es buena. Pero no debe pasarse por alto que pudo pasar por alto con dolo la parte superior de esta sentencia, para no decir, "creando la luz": porque siendo la luz, incluso confesando él mismo, ciertamente buena, no quiso confesar que fue creada por aquel

que no quiere que cree sino males. Por lo tanto, debemos aceptar indiferentemente que se diga crear y hacer: sin embargo, la regla de distinción que él se hizo, está rota; porque el Dios de los Profetas, a quien culpa por una palabra que no entiende, allí se lee creador de bienes, lo cual niega. También del Evangelio. Ciertamente, como si nos favoreciera mucho a sus partes, opuso lo que el Señor dijo: "El árbol bueno da buenos frutos, y el árbol malo da malos frutos" (Mateo 7, 17). ¿Por qué entonces no según este, dijo Crea, no, "hace"; si es verdadera su diferencia, por la cual distingue al hacedor del creador diciendo, que lo que se hace, es ajeno al que lo hace, porque viene de fuera; pero lo que nace, es propio de quien lo genera? Pues de aquí piensa que Dios es generador de males, porque se dijo, "creando el mal"; pensando lo que también pensaron los arrianos, que en esas Escrituras no hay diferencia, si se dice que algo se genera, o se crea: pero ciertamente en que el Señor no dijo que el árbol bueno crea buenos frutos, ni el malo malos frutos, sino que los hace, vea este su regla rota, y contenga su lengua. Pues ¿qué más insensato que decir que el Dios de los Profetas es árbol malo, y querer que se entienda en lo que el Señor dijo, "El árbol malo da malos frutos": y luego decir, "No hace males, sino que los crea; porque si los hiciera, serían ajenos a él, y le vendrían de fuera; pero cuando los crea, él mismo los genera de sí mismo como de raíz"? Por lo tanto, no dijo el Señor de este Dios, "El árbol malo da malos frutos": porque este crea males, no los hace. He aquí quien se atreve a acusar a los Profetas, quien con los testimonios del Evangelio que él mismo produjo, se contradice.

CAPÍTULO XXIV.

50. También agita impuro, como horrorizándose de ciertas palabras del libro del Deuteronomio, como impuras: como si Dios debiera avergonzarse de infligir o predecir tormentos vergonzosos a los impíos, y no amenazarlos de tal manera, que dijera: "La mujer tierna y delicada entre vosotros, que no intentó poner la planta de su pie sobre la tierra por su delicadeza y ternura, mirará con malos ojos a su marido, y a su hijo, y a su hija, y a su placenta, y a lo que salga de entre sus piernas, lo comerá" (Deuteronomio 28, 56-57). Más bien, cuanto más horrible es, tanto más terrible es. Pues no fue dicho por el Profeta para amonestar, sino para amenazar: no para que los hombres hicieran estas cosas; sino para que no hicieran aquellas que el sentido perverso ejerce, y llegaran a estas que el sentido humano aborrece. Pero ¿quién podría expresar dignamente cuán más execrable es la fealdad de la mente, que aborrece las penas de los méritos, y no evita los méritos de las penas? Que hable, pues, el Espíritu Santo inmaculado e inmaculable, lo que el alma inmunda rehúsa oír, y no rehúsa ser inmunda. Pues aborrece la inmundicia de la carne por los sentidos ofendidos de la carne, y ama su inmundicia con los sentidos del corazón apagados. Que diga estas cosas el Espíritu de Dios, y por el horror de sufrir tales males, infunda el temor de hacer el mal.

51. Pues el mismo Espíritu, hablando también por el Apóstol, no se avergonzó de ofender los sentidos impíos, mientras quería instruir a los piadosos: donde, habiendo mencionado la impiedad de algunos, que adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, añadió, y dijo: "Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas. Pues sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza: asimismo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lujuria unos con otros, hombres con hombres cometiendo torpeza, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su error. Si algún enemigo del Apóstol quisiera decir de estas palabras cosas semejantes a las que dice de ciertos lugares de los Libros antiguos este blasfemo, ¿no tendría amplia materia en la cual insensatamente hablaría; y cuanto más elocuentes le parecieran las palabras, tanto más detestables maldiciones lanzaría; especialmente porque se dijo, 'Recibiendo en sí mismos la retribución debida a su error'? Pues el Apóstol no temió decir que era necesario que quienes 'sirvieron a la criatura antes que al Creador', recibieran la retribución de su error, no sufriendo estas cosas

vergonzosas a la fuerza, sino haciéndolas voluntariamente: por el juicio, ciertamente, no de algún hombre inmundísimo, a quien tales cosas deleitaran, sino del justísimo Dios, quien 'los entregó a pasiones vergonzosas'; para que los crímenes se castiguen con crímenes, y los castigos de los pecadores no sean tormentos, sino incrementos de vicios. Pero el sabio, cuando oye estas cosas, teme más bien en esta vida la ira de Dios, por la cual el hombre no sufre lo que dolorosamente padece, sino que hace lo que vergonzosamente le place; y desprecia las palabras insensatas de aquel a quien tales juicios desagradan, porque en él reconoce el castigo de Faraón, es decir, el endurecimiento del corazón. Pues si a algunos que 'no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene' (Romanos 1, 25-28); ¿qué maravilla si también a este que blasfema las palabras divinas, Dios lo entregó a una mente reprobada, para que diga lo que no conviene? Pues así 'es necesario que haya herejías, para que los aprobados, dice el Apóstol, se manifiesten entre vosotros' (1 Corintios 11, 19). Así se ordenan los vasos de ira en lugares y tiempos convenientes, para que incluso de ellos Dios haga conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que de la misma masa de condenación se hacen para honor, por la gracia de él, no por sus méritos (Romanos 9, 22-23). Pues él concede que nos aproveche, no solo lo que enseña la verdad, sino también lo que contradice la vanidad; para que cuando se responde a la vanidad más inquieta, se escuche la verdad más sincera.

52. El maldecir indecoroso acusa la vanidad: pero mostrar que no es indecoroso nombrar ciertas cosas indecorosas para advertir sobre la indecencia, lo indica la verdad misericordiosa, y la vanidad insensata es vencida. Pues el apóstol Pablo podría ser reprendido por los impíos verbosos por su maldecir indecoroso, cuando dice: "¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!" (Gálatas 5, 12). Aunque para los que entienden bien, esto aparece más como una bendición, para que se hagan eunucos por el reino de los cielos; sin embargo, la ceguera charlatana podría también reprochar esto en el Apóstol, argumentando que no debió expresar algo honesto con una palabra indecorosa. También podrían reprochar al mismo Señor, quien al recomendar el don de la continencia dijo: "Hay quienes se han hecho eunucos por el reino de los cielos" (Mateo 19, 12). Estos lectores, que más bien deberían llamarse "litteriones" que "litterati", pues leyendo a los letrados no han aprendido a entender nada, leen algo en Cicerón de donde creen que pueden culpar doctamente las palabras de Cristo, siendo más perdidos que peritos. Pues él, al enseñar que en la traducción de palabras debe evitarse la obscenidad, dice: "No quiero que se diga que la república fue castrada por la muerte de Africano" (Cic., de Oratore, lib. 3). Pero si él mismo no evitó la palabra que quería evitar, para mostrar que debía evitarse, y se vio obligado a decir lo que no quería que se dijera, ¿cuánto más se debe expresar con su propia palabra lo que correctamente se significa con la misma palabra, para que pueda ser entendido por el oyente? Y para volver a lo que este reprende en el Deuteronomio: si Cicerón, hombre elocuentísimo y muy vigilante en la elección y medida de las palabras, dijo lo que no quería que se dijera, para que no se dijera; ¿cuánto mejor Dios, que busca más la belleza y limpieza de las costumbres que de las palabras, dijo algo indecoroso no indecorosamente, sino amenazadoramente, para que se temiera eso y no se cometiera aquello por lo cual se llegaría a lo que es horroroso escuchar? Y sin embargo, cuando se lee, la infidelidad cierra los oídos, aparta el rostro, endurece el semblante, agita la lengua, lanza blasfemias. Veán si no son de este tipo de personas, quienes al hablar Cristo sobre el Sacramento de su cuerpo y sangre dijeron: "Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla?" Aunque son más excusables, quienes no soportaban las palabras divinas que no entendían, no en maldición, sino en bendición horribles. Pues no es de extrañar que se tema cuando se escucha una maldición; ni se debe exigir que se diga con palabras no horribles lo que se dice para que sea temido por quien lo escucha: pero el Señor decía cosas que mandaba

amar, no temer; y sin embargo, ¿qué infidelidad soporta: "Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida"; y, "Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros" (Juan 6, 61, 56, 54)? Si, por tanto, la Sabiduría de Dios, alimentando con palabras congruentes al sacramento el alma creyente, no se preocupó por la insensatez que nauseaba; ¿cuánto más la misma Sabiduría, donde había lugar y tiempo de temor, no de amor, queriendo infundir un terror saludable, no se preocupó por el error del insensato, aunque previera su horror? ¿Quién de ellos conoce el horror espiritual de la fealdad del alma, cuando es compelida por su propia hambre y necesidad a comer lo que sale de sus pensamientos carnales, como si saliera de sus muslos? Pues el efecto de aquella maldición, que este reprende como indecorosa, es raro; pues apenas alguna vez es tan grande el azote del hambre, que obliga a tales abominaciones: pero de esta hambre, con la que las almas de los miserables, carentes de verdad, comen como si fuera verdad lo que sus sentidos carnales producen, todo está lleno por doquier, tanto más infeliz cuanto más daña y menos se teme.

53. Pero creo que debo responder a un solo libro de aquel que enviaste, con más de uno nuestro, para no ser demasiado extenso: por tanto, aquí hagamos el fin de este, para que de lo que resta por discutir, se inicie otro. Pues no sé de qué manera al final del libro se renueva la atención del lector, como el descanso del viajero en el hospedaje.

LIBRO SEGUNDO. En el cual se discuten los pasajes del Nuevo Testamento que el Adversario de la Ley y los Profetas ha reunido como si fueran contrarios a ellos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ahora deben discutirse aquellas cosas que este cree que del Nuevo Testamento le favorecen contra las Escrituras proféticas, como si los Apóstoles de Cristo las hubieran condenado con su sentencia. Que el Apóstol haya llamado fábulas profanas y de viejas y genealogías infinitas a las palabras divinas de la Ley y los Profetas, porque dijo: "Evita las fábulas profanas y de viejas" (1 Tim. 4, 7); y en otro lugar, "No atiendas a fábulas judías y genealogías infinitas, que más bien provocan cuestiones que edificación" (1 Tim. 1, 4): ¿quién, sino un hereje muy ciego, erraría tanto? Pues, ¿por qué el mismo Apóstol no hizo esto, si juzgó que estas eran fábulas de viejas? ¿Por qué dice a los Gálatas: "Decidme, los que queréis estar bajo la Ley, ¿no habéis leído la Ley? Pues está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre: lo cual es una alegoría; pues estas son dos alianzas" (Gálatas 4, 21-24): y a los Corintios, "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual: pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo" (1 Cor. 10, 1-4)?

2. Pero no sabe que los judíos tienen, además de las Escrituras legítimas y proféticas, ciertas tradiciones suyas, que no tienen escritas, sino que las retienen de memoria, y las transfieren de uno a otro hablando, a las que llaman deuteriosin: donde también se atreven a decir y creer que Dios creó dos mujeres para el primer hombre; de las cuales tejen genealogías, verdaderamente, como dice el Apóstol, infinitas, que engendran cuestiones infructuosas. Pero si a este nunca le ha sucedido escuchar tales cosas, ¿acaso también debía ensordecer contra el Evangelio, de modo que no advirtiera las palabras del Señor Cristo, con las que reprende a los judíos por enseñar a sus hijos la impiedad de no honrar a los padres? Allí, en efecto, también atestiguando, recordó el mandamiento de Dios que está escrito en la Ley. Y no los reprende por otra cosa, sino porque rechazaban el mandamiento de Dios para establecer sus tradiciones. Pues cuando los fariseos y escribas le preguntaron: "¿Por qué tus discípulos no

andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos impuras?", él respondiéndoles dijo: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, enseñando doctrinas y preceptos de hombres. Dejando el mandamiento de Dios, retenéis la tradición de los hombres, lavados de jarras y copas; y hacéis muchas otras cosas semejantes". Y les decía: "Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Pues Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y, El que maldiga a su padre o a su madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Si un hombre dice a su padre o a su madre: Corbán (que es don) todo lo que de mí te aproveche: y ya no le dejáis hacer nada por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios por vuestra tradición que habéis transmitido; y hacéis muchas cosas semejantes" (Marcos 7, 1-13). Donde Cristo muestra claramente que aquella es la Ley de Dios que este blasfemo profana, y que los judíos tienen sus tradiciones ajenas a los Libros proféticos y legítimos, que el Apóstol llamó fábulas profanas, y de viejas, y genealogías interminables, lo entiende no un lector hereje, sino católico. Ahora bien, si quisiera reunir todos los testimonios para mostrar cómo tanto el mismo Señor como sus Apóstoles usaron la Ley y los Profetas, que este considera fábulas de viejas, ¿cuándo podría hacerlo? ¿O a quién no le bastan los que hemos mencionado?

CAPÍTULO II.

3. Ni este es tan ciego y sordo contra la luz y la voz del Señor o del Apóstol, que ignore cómo por Cristo y los Apóstoles, en los libros que pertenecen al Nuevo Testamento, se confirma y recomienda la autoridad de la Ley y los Profetas. Por tanto, cree haber ideado cómo escapar de la multitud de testimonios en las Escrituras evangélicas y apostólicas sobre los Libros antiguos, con los que su lengua obstinada es aplastada, quiera o no. Pues dice que el Apóstol habló según las cualidades de los ingenios en cinco personas: "Insinuando lo que es de Dios a un pueblo aún rudo, no debía comenzar por los más perfectos, excluyendo la costumbre de la antigüedad desde los más difíciles, para no turbar a los nuevos en la fe con una doctrina perfecta. Luego, queriendo como probar lo que dijo, recuerda al mismo apóstol diciendo: 'Siendo libre de todos, me hice siervo de todos, para ganar a más: y me hice a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están bajo la Ley, como si estuviera bajo la Ley, aunque yo no esté bajo la Ley, para ganar a los que están bajo la Ley; a los que están sin Ley, como si estuviera sin Ley, aunque no estoy sin la Ley de Dios, sino en la Ley de Cristo, para ganar a los que están sin Ley: me hice débil a los débiles, para ganar a los débiles; me hice todo para todos, para salvar a algunos' (1 Cor. 9, 19-22). Quiere que se entiendan estas cuatro personas en las que cree que habló el Apóstol; una de los judíos, otra de los que están bajo la Ley, una tercera de los que están sin Ley, una cuarta de los débiles. La quinta se debe, ya que prometió cinco: esta la añade diciendo: 'En otro lugar, ya dijo antes, "Hablamos sabiduría entre los perfectos"' (1 Cor. 2, 6); para que la quinta persona parezca ser de los perfectos. Todo esto lo ha tramado para que si alguna vez se presenta algo de la epístola apostólica, donde la Ley y los Profetas atestiguan el Evangelio, diga que el Apóstol no habló a los sabios y perfectos, sino a los judíos como judío, o a los que estaban bajo la Ley, como si él mismo estuviera bajo la Ley: y así, subrepticamente y mendazmente, fingiendo edificar entre los imperfectos, lo que entre los perfectos, no mintiendo, sino diciendo la verdad, destruiría. Esta es la maquinaria de error que, no sé qué Fabricio fabricó, a quien se gloria de haber encontrado en Roma como maestro de la verdad. ¿Quién no se horroriza ante este monstruo, no digo del sentido cristiano, sino de cualquier sentido humano?

4. Primero, pues, debe considerarse cuán fraudulentísimo y mendacísimo se profesa a sí mismo, quien cree y alaba al Apóstol como mentiroso: y lo que él dijo, no con el astuto engaño de quien engaña, sino con el afecto compasivo de quien comparte, porque a los

diversos males del alma socorrió con un corazón tan misericordioso como hubiera querido que se le socorriera a él si hubiera padecido de error o debilidad similar, este lo convierte en una detestable falacia. Luego pregunto, ¿cómo hablaba el Apóstol a los Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Colosenses, Filipenses, Tesalonicenses? ¿En cuál de esas cinco personas los consideraba? Sin duda, ya que eran gentiles en la incircuncisión, no israelitas en la circuncisión. Pues a estos se testimonia que se le distribuyó el ministerio, donde dice que Pedro, Santiago y Juan le dieron a él y a Bernabé las diestras de la sociedad, para que él con Bernabé fueran a los gentiles, y ellos a la circuncisión (Gálatas 2, 9). Y en otro lugar dice claramente: "Mientras yo sea apóstol de los gentiles": y en muchos otros lugares testimonia que es maestro de los gentiles por un cierto propio ministerio. Entonces, siendo tantas las gentes a las que predicaba el Evangelio sin Ley, ¿qué necesidad había de introducirles la Ley y los Profetas como testigos de Cristo, e imponerles un vínculo desconocido, como esta peste cree, de error, del cual más bien debería congratularse de que fueran libres? ¿Qué necesidad había de comenzar así a los Romanos: "Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, que fue hecho de la descendencia de David según la carne" (Romanos 1, 1-3)? ¿Por qué no se impone más bien la persona de aquellos? ¿Por qué se hace como si estuviera bajo la Ley, a aquellos que estaban sin Ley? ¿Para qué les dice: "A vosotros, gentiles, os digo, mientras yo sea apóstol de los gentiles, glorificaré mi ministerio, si de alguna manera pueda provocar a celos a mi carne, para salvar a algunos de ellos. Porque si su rechazo es la reconciliación del mundo, ¿qué será su aceptación, sino vida de entre los muertos? Y si la primicia es santa, también lo es la masa; y si la raíz es santa, también lo son las ramas". Pues de los israelitas dice esto, de quienes ya había dicho antes: "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío, o qué utilidad la circuncisión? Mucho en todos los sentidos. Primero, porque les fueron confiados los oráculos de Dios. Pues, ¿qué si algunos de ellos no creyeron? ¿Acaso su incredulidad anulará la fidelidad de Dios?" (Romanos 2, 1-3). Luego sigue aquí lo que había comenzado a mencionar, y dice: "Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, fuiste injertado en ellas, y hecho partícipe de la raíz y de la savia del olivo, no te jactes contra las ramas. Y si te jactas, no eres tú quien sustenta la raíz, sino la raíz a ti. Dirás entonces: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas; pero tú por la fe estás firme; no te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: en los que cayeron, severidad; pero en ti, bondad, si permaneces en su bondad; de lo contrario, tú también serás cortado. Y ellos, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados; porque poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Pues si tú fuiste cortado del olivo silvestre por naturaleza, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más estos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, que el endurecimiento ha venido en parte sobre Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y así todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad; y este será mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados" (Romanos 11, 13-27). Es demasiado largo recorrer todo, o como están esparcidos por las Escrituras apostólicas, reunirlos en un solo rostro. ¿Qué necesidad había de decir esto a los gentiles? ¿Por qué no se hizo más bien sin Ley a ellos, como ellos eran sin Ley? ¿Por qué no alabó más bien a sus dioses, y predicó sus sacrificios, si también esta Escritura que el pueblo de Israel recibió, y aquellos sagrados de los gentiles, como dice este, pertenecían a los demonios? ¿Qué, que se atreve el infeliz a decir que el Dios de Israel no solo es un demonio, sino incluso peor que los demás demonios? ¿Por qué, entonces, el Apóstol, que se hizo todo para todos, no con la compasión misericordiosa, como la verdad muestra, sino con el engaño astuto, como este delira, no se fingió más bien siervo de aquellos

demonios que los romanos adoraban, que este considera demonios más benignos, para hacerse como ellos, y así ganarlos?

5. ¿No dice también a los Efesios: Por tanto, recordad que en otro tiempo vosotros, los gentiles en la carne, llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión hecha en la carne por manos humanas, estabais en aquel tiempo sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo? Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne la enemistad, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo por medio de la cruz, matando en ella la enemistad. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca; porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo (Efesios II, 11-20). Que diga este blasfemo cómo dice que los israelitas fueron hallados cerca, quienes, según blasfema, servían a un demonio peor, y las naciones que estaban sometidas a demonios más benignos estaban lejos. ¿Cómo dice que estaban alienados de la ciudadanía de Israel y eran extraños a los pactos y promesas, cuando no tenían esperanza y estaban sin Dios en el mundo, si Israel no era el pueblo de Dios? Contra esta clarísima y excelentísima trompeta de la verdad, grita y se burla el insensato, diciendo que el Apóstol hablaba en personas diferentes para engañar a unas con otras, fingiendo ser lo que no era: cuando ve que a los gentiles que estaban lejos del Dios de los israelitas, les predica el mismo Dios, la misma Ley, los mismos Profetas, los mismos Pactos. ¿Quién habló primero de la piedra angular? ¿No fue el profeta lleno del Espíritu de Dios, a quien esta peste blasfema? Pues dice: He aquí que pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será avergonzado (Isaías XXVIII, 16). Este testimonio lo recordó también el apóstol Pedro (Hechos IV, 11, y I Pedro II, 6-8). ¿No fue dicho primero en el Salmo perteneciente a las Escrituras sagradas del pueblo anterior: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo (Salmo CXVII, 22)? Pues el apóstol Pablo, instruido en estas Escrituras, puso lo que mencioné antes, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. Por lo cual el mismo Señor convenció a los judíos, en quienes se hizo ceguera en parte, y los dejó confundidos, diciendo: ¿No habéis leído en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo; de parte del Señor es esto, y es maravilloso a nuestros ojos (Mateo XXI, 42)? ¿Acaso Cristo y los Apóstoles mentían al citar estas cosas de la Ley y los Profetas, como blasfema este, porque los débiles aún no podían captar la verdad sólida? ¿Es que el ciego no entiende que una cosa es alimentar a los niños, y otra engañar a los crédulos; una cosa es nutrir para que crezcan, y otra actuar para que no vivan? Pues este dice y siente tales cosas sobre el Dios de la Ley y los Profetas, y sobre las mismas Escrituras, que según su opinión sobre ellas, cuando los Apóstoles predicaban a los creyentes el Dios de la Ley y los Profetas, y confirmaban la autoridad de tales Escrituras, no parece que daban leche para beber a los niños, sino veneno. Quien crea esto sobre ellos, es insensato, se desvanece, enloquece.

6. ¿Acaso, dice alguien, el Apóstol dijo en vano: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales: como a niños en Cristo, os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais (I Cor. III, 1-2); y, Hablamos sabiduría entre los perfectos; y, El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II, 6, 14)? No pensemos que dijo esto en

vano ni sin verdad. ¿Pero acaso por eso se debe creer que quiso engañar a alguno de los que creían en él? Dio, pues, a los niños cosas pequeñas, no falsas; lechosas, no nocivas; nutritivas, no mortales. Pero si no es verdad lo que dice, que el Hijo de Dios según la carne fue hecho del linaje de David; si no es verdad que las ramas naturales fueron quebradas por la incredulidad, para que el olivo silvestre, viniendo de los gentiles, fuera injertado en la raíz santa de los israelitas, y se hiciera partícipe de la savia del olivo; si no son los oráculos de Dios, sino de no sé qué, como blasfema este, del peor demonio, de los cuales dice: En primer lugar, porque les fueron confiados los oráculos de Dios (Rom. III, 2): ciertamente quien daba esto a los niños, quien predicaba esto como verdadero, quien quería que se creyera, destruía a los miserables, no los alimentaba. Lo cual, como sabemos, está ajeno a la fe y doctrina de los verdaderos Apóstoles de Cristo, queda que detestemos vehementemente a este como una peste y enemigo de la fe cristiana, quien es cegado y precipitado por tal locura, que no ve que incluso Timoteo, a quien cree que se le ordenó con autoridad apostólica, que evitara la antigua Ley y los Profetas como fábulas de viejas, no debía ser engañado por el mismo apóstol, y debía ser contado entre las personas de los perfectos, para que no le hablara falsamente, diciendo: Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio (II Tim. II, 8). Pues si Cristo es predicado del linaje de David como fábulas de viejas, ¿cómo se le ordena a este evitar lo que se le ordena creer de memoria? Pero si Cristo es predicado verdaderamente del linaje de David; allí está la raíz en la que se injerta el olivo silvestre, y no son fábulas de viejas, salvo los delirios de los judíos fuera de esas Escrituras, que llaman deuteriosin: no aquellos oráculos de Dios que fueron confiados a la circuncisión, donde incluso los judíos carnales aprendieron que Cristo vendría del linaje de David, como respondían al Señor cuando les preguntaba (Mateo XXII, 42), aunque no podían entenderlo como Señor de David, no según la carne, sino según la divinidad; sin embargo, ambos están en esos oráculos, tanto lo que creían, como lo que no entendían, y, Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Salmo CXXXI, 11), por Cristo del linaje de David; y, Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra (Salmo CIX, 1), por Cristo, Señor incluso de David.

7. ¿Acaso decía falsamente el Apóstol: Verdad digo en Cristo, no miento, testificándome mi conciencia en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón: porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas, de los cuales es la adopción, y la gloria, y los pactos, y la constitución de la Ley, y el culto, y las promesas; de los cuales son los padres, y de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, Amén (Rom. IX, 1-5)? El Apóstol clama que dice la verdad al inicio de esta sentencia, y esto en Cristo que es la misma verdad, testificándole su conciencia en el Espíritu Santo, y concluye esta sentencia con Amén al final: y dice este, No son verdaderas las cosas que aquí habla el Apóstol, engaña a los débiles, porque no pueden captar la verdad; alimenta a los niños con vanidades, e infunde a los hijos hambrientos el veneno de las mentiras diabólicas para nutrirlos. ¡Oh prodigio que no solo debe ser alejado de los oídos de los cristianos, sino también de los confines del orbe cristiano! ¿Es que esta adopción, esta gloria, estos pactos, esta constitución de la Ley, este culto, estas promesas, estos padres de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, son fábulas de viejas? ¿Lo que se ordena especialmente mantener, quien se ordena evitar las fábulas de viejas, son fábulas de viejas?

8. Pero, ¿qué maravilla si delira con tanta impiedad, quien quiere ser destructor de la Ley; si el mismo apóstol dice que algunos queriendo ser de la Ley, no destructores, sino doctores, no entienden ni lo que dicen, ni de lo que afirman? Pero nosotros mantengamos lo que añadió a continuación, contra ambos. Pues inmediatamente, para que nadie pensara que por eso no

entienden lo que dicen, ni de lo que afirman, porque quieren ser doctores de una ley mala: Sabemos, dice, que la Ley es buena, si uno la usa legítimamente (I Tim. I, 7, 8). Esta sentencia refuta tanto a aquellos que usan mal la Ley, como a los que la consideran mala. Pero si es buena, ¿con qué locura se niega que Dios es bueno, quien dio una Ley buena? ¿Qué condena puede parecer suficiente para estos hombres, quienes acusan la Ley que así alaba el Apóstol, con el nombre de fábulas de viejas? y esto creen hacerlo con el testimonio de la misma Epístola, donde el Apóstol la alaba así: queriendo ser de la Ley, no doctores, sino blasfemos, no entendiendo lo que hablan, ni de lo que afirman?

CAPÍTULO III.

9. Pero no pudo ser, dice, que el advenimiento de nuestro Salvador fuera anunciado por los Profetas de los judíos. ¿Por qué no pudo ser, cuando dice el Apóstol, Porque les fueron confiados los oráculos de Dios (Rom. III, 2)? Pero antes del advenimiento del Salvador, dice, el Espíritu Santo y divino no estaba sobre la tierra. Esto lo dice la vanidad, no la verdad. Pues ¿con qué Espíritu sino con el Espíritu Santo llenó el Señor a sus Profetas, de los cuales se dice en el inicio de la Epístola a los Romanos, lo que también mencioné antes: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el Evangelio de Dios, que antes había prometido por sus Profetas en las Santas Escrituras acerca de su Hijo, que fue hecho del linaje de David según la carne (Rom. I, 1-3). Y este testimonio también lo puso este, prohibiendo a aquel a quien escribe creer en otros Profetas sobre Cristo, aparte de aquellos que el Apóstol dice a los Romanos que son sus Profetas: que creo no considera que fueron Profetas de los judíos. Pero opine que fueron de cualquier nación, ¿por qué no advierte allí, Que antes había prometido por sus Profetas? Pues si por cualquier Profeta suyo prometió antes el Evangelio acerca de su Hijo, ¿qué es lo que dice este que el Espíritu Santo y divino no estaba sobre la tierra antes del advenimiento del Salvador? Y sin embargo, ¿cómo pudieron ser profetas, anunciando a Cristo del linaje de David según la carne, sino de la nación a la que pertenecía el mismo David, de cuyo linaje se prometió que Cristo vendría por los Profetas de Dios?

10. Pero la Ley, dice, fue dada por Moisés; pero la verdad es de Cristo Jesús. No está escrito así: sino así, La Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17). La Ley, pues, fue dada por Moisés: pero la gracia fue hecha por Jesucristo, cuando por su Espíritu, la caridad se difunde en nuestros corazones (Rom. V, 5), se hace que lo que la Ley ordena, se cumpla. Pues lo que se ordena por la letra, no se cumple por la letra, sino por el Espíritu. De donde aquello que está escrito, No codiciarás (Éxodo XX, 17); por Moisés es Ley, porque se ordena: pero por Cristo se hace gracia, cuando lo que se ordena, se cumple: pero la verdad fue hecha por Cristo, por aquellas cosas que en la profecía de la Ley son prometidas, porque en Cristo se cumplen eminentemente.

11. Pero lo que dice el Apóstol a los Romanos, ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en aquel de quien no han oído? lo dijo de los gentiles, no de los judíos, como aquí sueña. Pues el Doctor de los gentiles quería refutar a aquellos que pensaban que el Evangelio debía ser predicado solo a la nación de los judíos, no también a los gentiles incircuncisos. Queriendo mostrar que no solo a los judíos, sino a todas las naciones pertenece, primero puso el testimonio del profeta, Será, todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo: y luego, cuando dijo, ¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en aquel de quien no han oído? inmediatamente añadió, ¿Cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados? (Rom. X, 12-15). Así refutando a aquellos que negaban que los predicadores de Cristo debían ser enviados a las naciones incircuncisas.

12. También como el más ignorante no entiende, lo que está escrito: Primero apóstoles, luego profetas (I Cor. XII, 28). Pues cree que antes de los apóstoles no hubo profetas, sin saber que los profetas allí mencionados por el Apóstol, fueron los que estuvieron después del advenimiento de Cristo. Quien quiera conocerlos, lea los Hechos de los Apóstoles, y aquello que dice a los Corintios, Pero hablen dos o tres profetas (I Cor. XIV, 29). Pero si no hubo profetas antes de los apóstoles, ¿quiénes eran aquellos por quienes Dios antes prometió el Evangelio acerca de su Hijo, que fue hecho del linaje de David según la carne (Rom. I, 2, 3)? ¿Quién era el que dijo: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo (Salmo CXVII, 22)? ¿Quién era el que dijo: Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre, cetro de justicia es el cetro de tu reino: amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 7, 8)? ¿Cómo Dios, cuyo trono es eterno y para siempre, es ungido por Dios, sino Cristo Jesús, quien de esa unción recibe el nombre de Cristo? Pues Chrisma es unción, Cristo es ungido. ¿Quién era el que dijo, lo que el mismo Cristo testimonia de sí mismo que fue predicho: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Y esto David en el Espíritu lo dijo (Salmo CIX, 1; Marcos XII, 36), a quien este niega que el Espíritu estuvo sobre la tierra antes del advenimiento del Señor. ¿Qué es lo que dice el Apóstol: Dice también Isaías, Será la raíz de Isaías, y el que se levantará para regir a las naciones, en él esperarán las naciones (Rom. XV, 12)? ¿Quién era el Espíritu que por el mismo Isaías tanto antes predijo: Él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados: todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? porque fue cortado de la tierra de los vivientes; por la transgresión de mi pueblo fue herido (Isaías LIII, 4-8): y otras cosas que sería largo enumerar. Donde también de la Iglesia tanto antes fue predicho, lo que leemos recordado por el Apóstol, y ahora ya vemos cumplido: Regójate, oh estéril, la que no daba a luz; prorrumpes en júbilo y clamas, la que nunca estuvo de parto, porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada. Dice el Señor, Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa, alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas; porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas. No temas, porque no serás avergonzada; y no te sientas humillada, porque no serás confundida; porque te olvidarás de la vergüenza de tu juventud, y de la afrenta de tu viudez no tendrás más memoria. Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado (Isaías LIV, 1-5; Gálatas IV, 27). ¿Quién es el que dijo: Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido (Daniel VII, 13, 14)? Estas y muchas otras cosas claras y manifiestas sobre Cristo y la Iglesia, ¿de dónde fueron predichas, que así vemos cumplidas, y con las Escrituras evangélicas y apostólicas consonantes también esperamos que se cumplan, si el Espíritu de Dios antes del advenimiento de Cristo no estuvo sobre la tierra; o si por los Profetas de Israel no fue anunciado el advenimiento de Cristo, como delira este, quien negando que Cristo fue

prometido antes, no tiene de dónde afirmar que fue enviado? Y con razón, porque el mismo que predica, ni fue enviado, ni prometido: pues no es verdadero, sino ficticio.

CAPÍTULO IV.

13. Ya no me sorprende que un hombre sin erudición piense que lo dicho por los profetas judíos es lo que el Apóstol menciona: "Dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos; este testimonio es verdadero" (Tit. I, 12, 13). Ignora que esto fue dicho por un tal Epiménides, que era cretense, y en cuyos libros se encuentra esta afirmación; este hombre no se encuentra entre los profetas de Dios, ni pertenece a aquellas palabras de Dios que se dice fueron confiadas a los judíos, quienes no mienten. Por eso el Apóstol no mencionó su nombre, como suele hacer al referirse a los profetas de Dios, diciendo a veces: "Como también dice David" (Rom. IV, 6); "Isaías se atreve y dice" (Id. X, 20), "Como también dice Oseas" (Id. IX, 25); o sin mencionar sus nombres, cuando dice: "Como está escrito" (Id. I, 17); y se entiende que es la Escritura en la que está la autoridad de Dios: o claramente afirma que Dios habla cuando cita un testimonio de la Ley o de los profetas de Dios, como en: "No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? ¿O lo dice por nosotros la Escritura?" (I Cor. IX, 9, 10), mostrando que en esa misma Escritura Dios habla. O aquello: "Previendo la Escritura que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano a Abraham diciendo: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gál. III, 8). Puso la Escritura en lugar de Dios, porque es de Dios. O aquello sobre Abraham: "No dudó por incredulidad de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que lo que había prometido, era también poderoso para hacerlo" (Rom. IV, 20, 21). Contra esta voz divina y apostólica, este perro rabioso ladrando, se atrevió a decir que Abraham no creyó a su Dios cuando le prometió descendencia, ignorando aquello que dice: "¿Nacerá un hijo a un hombre de cien años?" (Gén. XVII, 17), que es la alegría del que se maravilla, no la duda del que desconfía. O aquello: "La palabra de Dios no puede fallar. Porque no todos los que son de Israel son israelitas; ni porque son descendencia de Abraham, son todos hijos; sino que en Isaac será llamada tu descendencia: esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia" (Rom. IX, 6-8). O aquello sobre Elías: "Pero, ¿qué le dice la respuesta divina? Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal" (Id. XI, 4). Con estos y otros testimonios semejantes, la autoridad apostólica recomienda que esas Escrituras son de Dios bueno y verdadero, las cuales este blasfema. Pero cuando el Apóstol también dice algo sobre los autores gentiles, no los llama profetas de Dios, ni dice que Dios es el autor de esas escrituras, aunque encuentre algunas verdades allí, como cuando dice de este cretense: "Dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses son siempre mentirosos" (Tit. I, 12): no es, por tanto, propio de los judíos, sino de los cretenses; lo cual se dijo para que no se pensara que era un profeta de Dios. Y en los Hechos de los Apóstoles, cuando hablaba a los atenienses, dice de Dios: "Porque en él vivimos, nos movemos y somos; como también algunos de vuestros poetas han dicho" (Hech. XVII, 28).

14. Pero dice que cuando los apóstoles preguntaron a nuestro Señor sobre lo que debía pensarse de los profetas judíos, que se creía que habían cantado algo sobre su venida en el pasado, él, molesto porque aún pensaban así, respondió: "Dejasteis al vivo que está ante vosotros, y habláis de los muertos". ¿Qué maravilla (puesto que este testimonio lo sacó de unas escrituras apócrifas que no conozco), si los herejes han inventado tales cosas sobre los profetas de Dios, quienes no aceptan esas mismas letras? Pues en el Evangelio, que no es apócrifo, sino conocido por todos en la luz de la verdad, incluso después de la resurrección,

acompañando a los discípulos en el camino, comenzando por Moisés, a través de todos los profetas, mostró que estas cosas sobre él, que habían sido hechas, fueron predichas (Luc. XXIV, 27).

15. Dice que de él se acusa nuevamente, donde dice: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, en tu nombre echamos demonios, y en tu nombre profetizamos, y en tu nombre hicimos muchas maravillas. Y entonces les diré: Apartaos de mí, porque nunca os conocí, porque habéis obrado iniquidad" (Mat. VII, 22, 23). Lejos esté que el Señor dijera esto de los santos profetas, entre los cuales estaba Moisés y los demás; sino que se dijo de aquellos que, después de que se predicó su Evangelio, parecen hablar en su nombre, sin saber lo que dicen; entre los cuales este también encontrará su lugar para perecer.

16. También dice que el Señor dijo: "Yo soy la puerta de las ovejas: todos los que vinieron antes de mí son ladrones y salteadores". Pero no está escrito así: sino así, "Todos los que vinieron son ladrones y salteadores" (Juan X, 8). Quiso que se entendiera que en este lugar se refería a aquellos que no habían sido enviados: a quienes también Jeremías acusa, diciendo: "Así dice el Señor sobre los profetas que profetizan en mi nombre, y yo no los envié" (Jer. XIV, 15). Pero aquellos a quienes este insensato blasfema, fueron enviados por el Señor, no vinieron por su propia voluntad. A quienes el Señor también declara por parábola, pero con una significación clarísima, donde dice: "Escuchad otra parábola. Había un hombre, padre de familia, que plantó una viña, la cercó con un seto, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a labradores, y se fue lejos. Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para recibir sus frutos. Y los labradores, tomando a sus siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearon. Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros, e hicieron con ellos lo mismo. Finalmente envió a su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Pero los labradores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y tomemos su herencia. Y tomándolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Ellos le dicen: A los malos destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo. Jesús les dice: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo; de parte del Señor se hizo esto, y es maravilloso a nuestros ojos? Por tanto, os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca los frutos de él" (Mat. XXI, 33-43). ¿Qué hay más claro que esto? ¿Qué más evidente? Pero este es del número de aquellos que apedrearon a los siervos de este padre de familia. Pues hace esto, no con golpes de piedra, sino con duras maldiciones. Porque también en primer lugar en el pueblo de los judíos se plantó la viña de Dios, y fueron enviados los profetas antes del mismo advenimiento del Salvador, como lo testifica esta parábola. Y cuando dice: "El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca sus frutos"; ¿qué reino dice, sino el que esperaban, no el que habían recibido, es decir, el de la vida eterna? De donde en otro lugar dice: "Escudriñad las Escrituras, porque pensáis que en ellas tenéis vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan V, 39): y en otro lugar, "¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que habéis quitado la llave del conocimiento! Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis" (Luc. XI, 52). ¿No se desgasta la impudente vanidad con estos testimonios tan contundentes? ¿Quién escucha a este, sino quien no escucha las santas Escrituras, o las escucha tan mal como este ciego tropieza en ellas?

CAPÍTULO V.

17. Pero dice el Señor de ellos: "Vuestros padres comieron el maná, y murieron" (Juan VI, 49): enseñando que ninguno de ellos pertenecía al Señor, sobre quienes la muerte dominó.

Ninguno, ciertamente, pero de los padres de aquellos a quienes tales cosas hablaba: pues quería que se entendiera que eran los padres de los infieles, ¿quiénes sino infieles? De donde en otro lugar dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos estado en los días de nuestros padres, no habríamos sido cómplices de ellos en la sangre de los profetas! Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. Ciertamente los llamó hijos por la imitación del crimen, no por la propagación del linaje. Pues no era un crimen para ellos haber nacido de ellos según la carne; sino que se mostraban semejantes a ellos por su infidelidad cruel. Por eso conecta y dice: "Y vosotros llenad la medida de vuestros padres. Serpientes, generación de víboras, ¿cómo escaparéis del juicio del infierno? Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, y sabios, y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad: para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación" (Mat. XXIII, 29-36). Sin duda, está claro, está manifiesto, que estos son hijos de los malvados por imitación, de quienes los santos y justos profetas, desde el mismo Abel a quien mató su hermano, hasta Zacarías a quien estos mataron, sufrieron persecuciones impiísimas y más criminales. Pues, ¿cómo vendrá sobre estos la sangre de aquellos que vivieron mucho antes de que estos nacieran, si no es porque son una misma raza, una misma mezcla, una misma masa de impíos, conectados por imitación entre sí? También se declara que en ese mismo pueblo hubo justos y profetas de Dios, cuyos sepulcros estos, a quienes el Señor habla, edificaban y adornaban sus monumentos. Por tanto, este es peor y más cruel, que con lengua maldiciente desgarrar a aquellos a quienes incluso los impíos rendían honor; y cruelmente atacando su propia alma, los blasfema, mientras quiere parecer cristiano, a quienes Cristo afirma como profetas y justos.

18. Ahora bien, lo que quiso añadir sobre los santos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, a aquellos de quienes el Señor dijo: "Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron", porque también estos padres murieron; es incierto si debe ser juzgado como fraudulento o más bien ciego. Pero elija lo que elija, es detestable. Pues quiso mostrar con esto que, al mencionar el Señor a esos mismos padres, dijo: "No es Dios de muertos, sino de vivos": cuando más bien dijo que ellos viven. Porque al añadir el testimonio de la Ley, donde está escrito: "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob"; añadió: "No es Dios de muertos, sino de vivos. Y añadió: "Porque todos ellos viven" (Mat. XXII, 32, y Luc. XX, 37, 38): vida verdadera, ciertamente, con la que viven los justos, incluso cuando mueren en el cuerpo. Pero, ¿cuándo diría esto este, si viviera?

19. Quiere que se entienda en este sentido lo que el Señor dijo a los judíos: "Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; ni tenéis la palabra de Dios permaneciendo en vosotros" (Juan VIII, 19). Lo cual ciertamente no es contrario a lo que dijo: "Quitasteis la llave del conocimiento; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis" (Luc. XI, 52). Pues no tenían la palabra de Dios en sí mismos, sino que la tenían en las Escrituras que leían. Porque si la tuvieran en sí mismos, también entrarían, y permitirían a otros entrar. No entrar, sin embargo, es no entender. He aquí por qué no conocían a él ni a su Padre; porque no entendían lo que leían: no porque no predicaran a Dios y a Cristo, a quienes leían. Por tanto, entrar es no contentarse con la superficie de la letra, sino llegar a las profundidades de la inteligencia.

20. También argumenta sobre Juan el Bautista, porque el Señor dijo: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista; pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él" (Mat. XI, 11): así, como razonando, como si Juan no perteneciera al

reino de los cielos, y mucho menos los demás profetas de ese pueblo, a quienes Juan es mayor. Sin embargo, estas palabras del Señor pueden entenderse de dos maneras muy correctamente. O el Señor llamó reino de los cielos en ese lugar a lo que aún no hemos recibido, y en lo que aún no estamos; de donde también al final dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino" (Id. XXV, 34): y porque allí están los santos ángeles, cualquiera de ellos menor, es ciertamente mayor que cualquier santo y justo, llevando el cuerpo que se corrompe y agrava el alma (Sab. IX, 15). O si quiso que se entendiera el reino de los cielos en esa sentencia, como también en este tiempo se significa la Iglesia, cuyos hijos son todos desde la institución del género humano hasta ahora, cuantos justos y santos han podido ser; ciertamente el Señor se significó a sí mismo, porque en el tiempo de nacer era menor que Juan, pero mayor en la eternidad de la divinidad y el poder del Señor. Por tanto, según la primera exposición, se distingue así: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista; pero el que es menor en el reino de los cielos, y luego se añade, es mayor que él. Según esta última, así: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista; pero el que es menor, y luego se añade, en el reino de los cielos es mayor que él. Pero ambos entendimientos, tanto como concuerdan con la verdad, son suficientes para refutar la vanidad de este. Pues ya sea que cualquier ángel menor que los demás sea mayor que Juan, o que aquí se entienda al Señor, menor en edad que su precursor Juan, mayor en majestad, nada se le quita a los demás profetas. Pues pudieron ser algunos iguales a Juan, algunos menores que él; pero ninguno mayor, por la sentencia del Señor: todos, sin embargo, santos, justos y buenos.

CAPÍTULO VI.

21. Pero Moisés, dice, extinguió toda esperanza de resurrección futura en los hombres, quien pronunció que el alma es mortal, quien dijo que es sangre. Luego, razonando con gran fuerza, intenta mostrar que el alma no es sangre, y se esfuerza en una cosa manifiesta, sin entender la Ley. Pues así se dijo: "El alma de toda carne es su sangre" (Lev. XVII, 14); como se dijo: "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4): no porque lo fuera, sino porque de allí se significaba. Pero no en vano la Ley quiso significar el alma por la sangre, una cosa invisible por una cosa visible; sino porque la sangre, difundida por todas las venas desde el mismo corazón, predomina en nuestro cuerpo más que los demás humores; de modo que dondequiera que se inflija una herida, no sale otro humor, sino él mismo: así el alma, porque prevalece invisiblemente sobre todo lo que somos, se significa mejor por aquello que prevalece visiblemente sobre todo lo que somos.

22. Pero aquello que el Apóstol dijo (pues también este testimonio puso), "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"; no hace cuestión del alma, sino de la resurrección del cuerpo. Sin embargo, esto también se resuelve de dos maneras. O el Apóstol llamó carne y sangre a la corrupción de la carne y la sangre, que no estará en la resurrección: o llamó carne y sangre a los hombres entregados a todas las seducciones de las voluptuosidades mundanas, quienes no heredarán el reino de Dios. Pero todo este lugar del discurso apostólico, donde está escrito, "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios", si se considera con más diligencia, persuadirá más que quiso llamar con esos vocablos a la corrupción de la carne como es ahora, y para explicar qué decía añadió, "Ni la corrupción heredará la incorrupción". Porque cuando se haya hecho aquella mutación que se espera en la resurrección, no quedará ninguna corrupción. Aunque después de la resurrección el Señor dijo a sus discípulos, "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Luc. XXIV, 39): sin embargo, según la sustancia será carne, no según la corrupción, que ahora impone este nombre a la carne. De donde dice el profeta, "Toda carne es hierba". ¿Acaso también la del Señor que elevó al cielo? ¿De qué manera, pues, llamó el profeta carne, donde

dice, "Toda carne es hierba"; diciendo ciertamente, "La hierba se seca" (Is. XL, 6, 7): de esa manera también el Apóstol dice, "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"; porque no habrá allí corrupción, por la cual ahora como hierba la naturaleza de la carne se seca. Pues no es otra sentencia, "Ni la corrupción heredará la incorrupción": sino que esta repetición es una exposición de la sentencia anterior: para que lo que allí se dijo, "carne y sangre"; aquí entendamos corrupción, no sustancia de carne: y lo que allí se dijo, "reino de Dios"; aquí entendamos incorrupción. Y así no pensemos que se dijo otra cosa, "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"; que si se dijera, "La corrupción no heredará la incorrupción": es decir, la corrupción de la carne y la sangre no estará en la incorrupción de aquel reino, por la mutación, ciertamente, de la cual pronto habló y añadió, "Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción" (I Cor. XV, 50, 53). Así la corrupción que se significó con el nombre de carne y sangre, no estará en la incorrupción de aquel reino: porque la carne que ahora es corruptible, entonces cambiada será incorruptible.

23. Pero si Moisés, hombre de Dios, hubiera creído que el alma es mortal, lo cual ciertamente habría creído si hubiera dicho que es sangre, no por causa de significación, sino de propiedad, no diría en otro lugar: "Todo el que toque un muerto de cualquier alma de hombre, y muera, y no sea purificado, contamina el tabernáculo del Señor: será cortada esa alma de Israel; porque el agua de la aspersion no ha sido rociada sobre él, es inmundo, aún su inmundicia está en él" (Num. XIX, 13). Dijo ciertamente aún, incluso después de la muerte, porque no ha sido purificado: donde se entiende el lavacro de la regeneración prefigurado, que ahora reciben los que son bautizados en Cristo, quienquiera que escuche fielmente, "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él" (Juan V, 46).

CAPÍTULO VII.

24. ¿Qué maravilla hay, pues, si este infeliz, apartado de la luz de la verdad y por ello contrario a la luz de la verdad, objeta al Antiguo Testamento lo que no entiende en el Nuevo Testamento? Como también aquello del apóstol Pablo, donde dice a los Corintios: "Si el ministerio de la muerte, grabado con letras en piedras, fue hecho con gloria, de modo que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés, a causa de la gloria de su rostro, que se desvanece; ¿cómo no será más glorioso el ministerio del Espíritu? Porque si el ministerio de condenación es gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justicia. En verdad, no fue glorificado en esta parte lo que fue declarado a causa de la excelente claridad. Porque si lo que se desvanece es con gloria, mucho más lo que permanece es en gloria". De esta manera, este hombre ha puesto las palabras apostólicas, y no dista mucho de una mejor interpretación. Porque, habiéndose dicho "ministerio de muerte grabado con letras en piedras", de aquí piensa que Moisés ministró a la muerte, es decir, al autor de la muerte, al maligno espíritu, a quien este hombre considera autor de este mundo: ignorando que el ministerio de muerte se refiere a la Ley, según lo que dice en otro lugar, "La letra mata, pero el espíritu vivifica" (II Cor. III, 6-11). Pues la Ley, aunque justa, santa y buena, trajo muerte a los transgresores, a quienes la gracia de Dios no ayudó a cumplir la justicia de la Ley. Era necesario que en el Antiguo Testamento la Ley se impusiera a los soberbios, confiados en la virtud de su propia voluntad, que no daba justicia, sino que mandaba; y así, implicados en la muerte de la transgresión, acudieran a la gracia, no solo mandante, sino también ayudante, que en el Nuevo Testamento es revelada. De aquí piensan estos blasfemadores de los divinos oráculos que la Ley dada por Moisés era mala, porque se dijo "ministerio de muerte grabado con letras en piedras": no considerando que se dijo por aquellos que pensaban que la Ley era suficiente por su libre albedrío, y no ayudados por el espíritu de gracia, estaban sujetos a la transgresión bajo la letra de la misma Ley. Por eso dice en otro lugar, "La Ley produce ira:

porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Rom. IV, 15): mostrando de dónde dijo, "La Ley produce ira". Pues la transgresión de ella no sería mala, si la Ley misma no fuera buena.

25. Es mucho y demasiado largo recoger lo que el bienaventurado Apóstol dice en este sentido, distinguiendo la Ley de la gracia; porque bajo aquella son abatidos los altivos, bajo esta son levantados los abatidos; y porque aquella es tan buena que manda lo bueno, esta es tan buena que confiere lo bueno. Aquella hace al oyente de la justicia, esta al hacedor. Y por eso, bajo aquella, el pecador, además transgresor, yace convicto sin excusa de ignorancia: bajo esta, en cambio, tanto perdonando como ayudando, no se extingue quien ha obrado mal, y se enciende para obrar bien. ¿Qué, pues, es de extrañar, si aquella se llama "ministerio de muerte", donde la letra mata, prohibiendo el mal que se hace, y mandando el bien que no se hace; y esta se llama "ministerio del espíritu", ciertamente vivificante, para que nos levantemos de la muerte de la transgresión, y no leamos la justicia en tablas, sino que la tengamos libres en los corazones y en las costumbres? Esto es el Nuevo Testamento, distinto del Antiguo; porque allí el hombre viejo es constreñido por el temor, aquí el hombre nuevo se expande en la amplitud de la caridad.

26. Pero lo que se dijo del ministro del Antiguo Testamento, Moisés, que "los hijos de Israel no podían fijar la vista en su rostro, a causa de la gloria de su rostro", era un signo de que no iban a entender a Cristo en la Ley. Y por eso había un velo puesto entre el rostro de Moisés y ellos, "para que no fijaran la vista", como está escrito, "los hijos de Israel hasta el fin" (II Cor. III, 13). ¿Cuál es el fin de la Ley? A esto no respondo yo, sino el mismo Apóstol: "El fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente" (Rom. X, 4). Fin perfeccionador, no destructor. Pues se llama fin aquello por lo cual se hacen todas las cosas que se hacen con algún propósito. Porque entre el propósito y el fin hay esta diferencia, que el propósito está en las cosas que debemos hacer, el fin es por lo que las hacemos. Porque todas aquellas cosas se hacían por Cristo, a quien los hijos de Israel no entendían en lo que se hacía; esto significaba el velo, que no les permitía fijar la vista hasta el fin, es decir, hasta el rostro de Moisés, que significaba a Cristo. Pero se dijo que esta gloria se desvanece, porque todas las sombras significantes se desvanecen cuando llega la realidad significada. Pues así como la ciencia que ahora es, "se desvanecerá", como dice el mismo apóstol, cuando venga aquello que dice, "cara a cara" (I Cor. XIII, 10, 12): así también aquellas cosas que fueron entregadas en sombras a los judíos en el Antiguo Testamento, era necesario que se desvanecieran con la revelación del Nuevo Testamento.

27. Sin embargo, no todos en aquel pueblo no entendían a Cristo figurado por aquellas sombras del Antiguo Testamento: pues ni Moisés mismo ni los demás Profetas no lo entendían, quienes lo anunciaban a las generaciones futuras. Pues en la misma Epístola a los Corintios, donde se dicen estas cosas, que este hombre no entendiendo puso como adversas y enemigas del Antiguo Testamento, ¿por qué dice, "Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito, Creí, por lo cual hablé: y nosotros creemos, por lo cual hablamos" (II Cor. IV, 13)? ¿Dónde está escrito, "Creí, por lo cual hablé" (Sal. CXV, 10)? Sin duda en los Salmos, pertenecientes a aquellas palabras de Dios que fueron creídas por los judíos. "Teniendo", dice, "el mismo espíritu de fe": ¿qué es "el mismo", sino el que tenían también aquellos por quienes fueron ministradas estas cosas? ¿Por qué también en la misma Epístola cita un testimonio de la Ley, habiendo dicho antes, "Para que vuestra abundancia sea para la necesidad de ellos, y la abundancia de ellos sea para vuestra necesidad, para que haya igualdad"; añadiendo y diciendo, "como está escrito, El que mucho, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos" (II Cor. VIII, 14, 15)? ¿Por qué les importa la autoridad de la Ley,

que dice que fue un ministerio de muerte, si lo entendió de la manera en que esta peste lo entiende?

28. Y para que se eliminen todas las ambigüedades, de qué manera la Ley es correctamente llamada ministerio de muerte, y sin embargo es santa, justa y buena, recordemos lo que está puesto en la Epístola a los Romanos. Pues habiendo dicho, "Para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra"; sentencia muy similar a aquella que este hombre no entendiendo puso: inmediatamente previó a estos futuros verbosos y blasfemos, que pensarían que por esto la Ley fue reprendida; y enseguida añadió: "¿Qué diremos, pues? ¿Es la Ley pecado? De ninguna manera: pero el pecado no lo conocí sino por la Ley. Porque la concupiscencia no la conocía, si la Ley no dijera, No codiciarás. Pero el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia. Porque sin la Ley el pecado está muerto. Yo vivía sin la Ley en un tiempo: pero venido el mandamiento, el pecado revivió. Y yo morí, y el mandamiento que era para vida, se me encontró que era para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. Así que la Ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, pues, se me hizo muerte? De ninguna manera: sino que el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me obró la muerte" (Rom. VII, 6-13). He aquí qué es "ministerio de muerte"; he aquí qué es, "La letra mata" (II Cor. III, 6): he aquí cómo "la Ley no es pecado"; y, "el mandamiento era para vida"; y, "la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno": y sin embargo, porque por ese bien es muerta el alma desobediente, donde la gracia de Dios no ayuda, la Ley en el Antiguo Testamento se hizo ministerio de muerte por la letra que mata; y la gracia en el Nuevo Testamento se hizo ministerio de vida por el espíritu que vivifica. Lo que es, pues, "ministerio de muerte y ministerio de condenación"; esto es, "Tomando ocasión el pecado por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia"; esto es, "Venido el mandamiento, el pecado revivió"; esto es, "Se me encontró que el mandamiento que era para vida, era para muerte"; esto es, "Tomando ocasión el pecado por el mandamiento, me engañó, y por él me mató"; esto es, "La Ley entró para que abundara el delito" (Rom. V, 20); esto es, "La Ley produce ira" (Id. IV, 15); esto es, "La fuerza del pecado es la Ley" (I Cor. XV, 56). Porque la prohibición del pecado que es la Ley, ciertamente aumenta el deseo de pecar: lo cual no se extingue, sino por el deseo contrario de hacer lo recto, donde "la fe obra por el amor" (Gál. V, 6). Esto, sin embargo, no lo proporciona la letra que manda, sino el espíritu que ayuda: no la Ley, pues, sino la gracia; no el Antiguo Testamento que engendra para servidumbre, que es Agar, sino el Nuevo en el que no hay hijos de la esclava, sino de la libre, con la libertad con que Cristo nos hizo libres (Id. IV, 24, 31). Y sin embargo, la Ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Por este mandamiento santo, justo y bueno, en aquellos que no tienen el espíritu de Cristo, el pecado obra toda concupiscencia. Mostrando cómo era él mismo en el Antiguo Testamento, "Tomando ocasión", dice, "el pecado por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia". ¿Por qué mandamiento, sino por el que dice, "La concupiscencia no la conocía, si la Ley no dijera, No codiciarás"? ¿Acaso es malo no codiciar? Al contrario, es sumamente bueno. Es buena, pues, la Ley que dice esto: pero donde no está presente el espíritu que vivifica, esta misma Ley que dice lo bueno, mata: porque es la fuerza del pecado, cuando por ella obra toda concupiscencia, inflamando con la prohibición; lo cual no se extingue por la letra que manda con el temor del castigo, sino por el espíritu que ayuda con el amor de la justicia. Por eso dice, "El pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me obró la muerte". No dice, "Por lo malo"; sino, "por lo bueno". Aquí despierten, si pueden, quienes con corazón ciego y furioso reprenden la Ley de Dios y su ministro Moisés. Por eso es ministerio de muerte, porque el pecado por lo bueno obró la muerte: por eso es ministerio de condenación, porque el pecado por lo bueno obró la condenación.

29. Pero no todos los que se llaman cristianos pasan a Cristo: sino aquellos a quienes se les quita el velo, que permanece en la lectura del Antiguo Testamento. Porque quienes están en el Antiguo Testamento, con el velo que impide, no entienden ni el Antiguo ni el Nuevo: pero quienes pasan a Cristo, con el velo removido por el Nuevo, entienden tanto el Antiguo como el Nuevo (II Cor. III, 14-16). Ojalá también estos ciegos opositores de la Ley y los Profetas pasen a Cristo, de modo que no estén entre aquellos en quienes también el Evangelio está velado. Porque en aquellos que perecen, dice el Apóstol que está velado, "En los cuales el dios de este siglo cegó las mentes de los incrédulos, para que no resplandezca la iluminación del Evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios" (Id. IV, 4). Donde este miserable quiere que se entienda al dios de este siglo como el malo: como si Moisés le hubiera servido en el Antiguo Testamento, como si esto hubiera dicho el Apóstol. Donde si fuera necesario entender al dios de este siglo como el dios de los impíos, esto es, el diablo; porque todos los dioses de las naciones son demonios, y ciertamente mucho más el príncipe de los demonios: no sería extraño, ya que el dios de algunos también se ha dicho que es el vientre: pues dice el Apóstol, "cuyo dios es el vientre" (Filip. III, 19); y no por eso el vientre es dios. Así, si se puede decir dios de este siglo al diablo, no por eso el diablo es dios; porque ni los demonios son dioses, aunque los dioses de las naciones sean demonios (Sal. XCV, 5). Pues el siglo puede entenderse en el mal: de donde dice el apóstol Pedro, "Libradnos de este siglo malo" (II Ped. I, 4). Pero cuando se abre otro entendimiento, ¿qué necesidad hay de pensar aquí que se significa al diablo, y no más bien al Dios verdadero, justo y bueno, que cegó las mentes de los incrédulos de este siglo: para que no se distinga aquí, "en los cuales el dios de este siglo", y luego se añada, "cegó las mentes de los incrédulos"; sino más bien así, "en los cuales Dios", y luego se añada, "de este siglo cegó las mentes de los incrédulos", esto es, cegó las mentes de los incrédulos de este siglo.

CAPÍTULO VIII.

30. Pero a estos no les agrada que el Dios bueno ciegue las mentes de algunos. No atienden a las palabras del Salvador que dice: "Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos" (Juan IX, 39). Aquel, pues, que según la sentencia apostólica, "de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece", sin duda a quien quiere ilumina, y a quien quiere ciega. Pero no hay injusticia en Dios (Rom. IX, 18, 14), a quien dice la Iglesia: "Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor" (Sal. C, 1). Ilumina, pues, con misericordia, ciega con juicio, ciertamente justísimo, aunque ocultísimo. Porque "inscrutables son sus juicios" (Rom. XI, 33). A quien, sin embargo, se dice: "Te has sentado en el trono, que juzgas con equidad" (Sal. IX, 5).

31. A este Dios sirvió Moisés, y los demás Profetas, a quienes sin duda el mismo Señor testifica como justos. Pues los judíos construían sepulcros y adornaban monumentos de ellos, a quienes dice: "Edificáis sepulcros de los Profetas, y adornáis monumentos de los justos" (Mat. XXIII, 29). Pero todos ellos, aunque por la dispensación del tiempo ministraban en figuras del Antiguo Testamento, sin embargo, por la gracia de Dios pertenecían al Nuevo Testamento, al que pertenecía Abraham. De aquí, pues, estos, si leyeran con el velo removido, entenderían que el Evangelio no es enemigo de la Ley dada por Moisés, así como no son enemigos entre sí Abraham y el mismo Moisés: quienes sin duda estos confiesan que adoraron al mismo Dios, aunque lo blasfemen de tal manera que nieguen que es Dios. Y sin embargo, el Apóstol opone las promesas hechas a Abraham, porque significaban el Nuevo Testamento, a la Ley dada por Moisés, de tal manera que estas dos cosas parecen enemigas entre sí. Pues ¿qué otra cosa dice a los Romanos? "Porque no por la Ley fue la promesa a Abraham o a su descendencia, que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la Ley son herederos, la fe ha sido vaciada, y la promesa ha sido

anulada. Porque la Ley produce ira. Porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Rom. IV, 13-15). Atiendan cómo así disputa, como si fuera contra la Ley, para convencer por aquella primera promesa hecha a Abraham, que no son herederos por la Ley quienesquiera que sean herederos de Dios, sino por la promesa. Y también a los Gálatas: "Hermanos", dice, "hablo según el hombre; sin embargo, el testamento confirmado de un hombre nadie lo anula, ni le añade. A Abraham fueron dichas las promesas y a su descendencia. No dice, Y a las descendencias, como si fueran muchas; sino como en uno, Y a tu descendencia, que es Cristo. Esto, pues, digo, el testamento confirmado por Dios, la Ley que fue hecha después de cuatrocientos treinta años, no lo invalida para anular la promesa. Porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa. Pero Dios la dio a Abraham por la promesa. ¿Qué, pues, la Ley? Fue propuesta a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa" (Gál. III, 15-19). No sé si estos que no entienden la Ley y la acusan, encuentran algo del Evangelio o de las Cartas apostólicas, que parezca tan contrario a esa Ley como esto parece, que el Apóstol opone de las promesas hechas a Abraham. Si, pues, odian la Ley, amen a Abraham.

CAPÍTULO IX.

32. Pero tampoco quieren esto. Pues también al mismo padre de las naciones, a quien vemos que las promesas hechas se cumplen ahora en todas las naciones, le imputan el crimen de fornicación. Este, sin duda, a quien respondemos, se manifiesta ser de aquellos de quienes se predijo, diciendo el Apóstol: "Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios en hipocresía de mentirosos, teniendo cauterizada su conciencia, prohibiendo casarse" (I Tim. IV, 1-3). Pues no se encuentra que Abraham se haya contaminado con adulterio alguno: porque no amó a la sierva con lujuria de libido; sino que la tomó de su esposa, cuando su esposa hizo de su derecho lo que quiso, queriendo tener hijos de su marido, aunque fuera de un vientre ajeno (Gén. XVI, 2-4): donde no se pensó en absoluto en la causa de lujuria, sino solo en la causa de generación. Pero este hombre imputa a Abraham, incluso hasta la vejez decrepita, el crimen de fornicación, sin duda porque después de la muerte de Sara tomó otra (Id. XXV, 1). Donde, aunque no se entendiera ningún sacramento oculto de la cosa, por esto solo debió hacerlo Abraham, para que los herejes no pensaran, contra el Apóstol, a quienes también Tertuliano se asocia como defensor, que después de la muerte de la esposa, es un crimen tomar esposa. Pero así como este hombre se cree encontrar en las Cartas apostólicas, lo que dice contra la Ley dada por Moisés, o contra el Antiguo Testamento; que encuentre también algo contra Abraham, que parezca sonar de las Cartas evangélicas: en absoluto no lo encontrará. Dondequiera que se nombra a él en los libros del Nuevo Testamento, se le nombra con el debido honor: de tal manera que el mismo Señor decía a los judíos, "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham" (Juan VIII, 39). Y por lo tanto, este que blasfema a Abraham, sin duda blasfema a Cristo, quien da tal testimonio de Abraham.

33. Pero que diga, si puede, qué persona de esas cinco representaba el Apóstol cuando predicaba así sobre Abraham. Si a los que estaban sin Ley se hizo como si él mismo estuviera sin Ley, ellos no conocían a Abraham. Por lo tanto, debió encontrar a algún líder, ya sea de los romanos, de los griegos, o algún filósofo a quien predicar de esa manera; para que, como le place a él, fingiendo ser como ellos, les resultara congruente: no a Abraham, un extranjero, padre de la nación hebrea, ajeno a sus costumbres, ritos y parentescos. Pero si a los judíos se hizo como judío, o a los que estaban bajo la Ley como si él mismo estuviera bajo la Ley, ¿por qué decía que no eran herederos por la Ley? ¿Por qué decía que la Ley produce ira? ¿Por qué

decía que la Ley fue puesta por causa de la transgresión? Lo cual no podrían soportar con ánimo equitativo quienes se gloriaban en la Ley. Y si hablaba como débil a los débiles, y así, como a los engañadores les place, los alimentaba engañándolos, ¿por qué los perturbaba de las sombras antiguas, en las que los débiles descansaban, diciendo: "He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada" (Gálatas 5, 2)? Pero si en esa quinta persona hablaba sabiduría a los perfectos, a quienes este considera los únicos dignos de no ser engañados por el Apóstol, ¿por qué quiere ser él mismo perfecto al contrario, para blasfemar contra Abraham, a quien el Apóstol alaba así a los perfectos, especialmente en sus dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre? Si le desagrade el Antiguo Testamento con Ismael, que le agrada el Nuevo Testamento con Isaac.

34. ¿O acaso va a proponer contra el Apóstol la cátedra de la pestilencia, y a discutir sobre la calidad de las figuras, y a decir que no debió tomar figuras de cosas honestas de cosas deshonestas? Pues le parece deshonesto, incluso con Sara misma, el concubito conyugal, que el Doctor de los Gentiles testifica que significa a nuestra madre libre, la Jerusalén eterna (Gálatas 4, 22-26), aunque arrugue la nariz y frunza el ceño, y con el rostro crispado aborrezca esta parábola el doctor de las pestilencias: y mucho más y más despreciable, cuando oye al mismo doctor de los Gentiles, que lo que está escrito sobre el varón y la mujer, "Serán dos en una sola carne"; añadir y decir, "Este es un gran sacramento, pero yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Efesios 5, 31-32). ¿Acaso este hombre sabía que donde debían conocerse los sacramentos de tan gran cosa, es decir, los signos sagrados, no debían conocerse ni decirse en una cosa vergonzosa y en palabras que merecen pudor, y el bienaventurado Apóstol no lo sabía? Que este hombre retroceda con sus semejantes compañeros, que dijeron: "Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla?" (Juan 6, 61). Pero nosotros escuchemos y entendamos los dos Testamentos en los dos hijos de Abraham, y en las dos mujeres que engendraron con él: así como reconocemos a Cristo y la Iglesia en los dos en una sola carne, sin obscenidad alguna, a pesar de que ellos no quieran: así como recibimos con corazón y boca fiel al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Timoteo 2, 5), que nos da su carne para comer y su sangre para beber; aunque parezca más horrible comer carne humana que matarla, y beber sangre humana que derramarla: y en todas las santas Escrituras, según la regla de la fe sana, si algo se expone figuradamente dicho o hecho, de cualquier cosa y palabras contenidas en las páginas sagradas, escuchemos esa exposición no con desprecio, sino con sabiduría; y dejemos a este que habla vanamente, y sin saber lo que dice, tratando con una cierta, si se puede decir, ignorante pericia sobre la calidad de las figuras. Quien cuando dice que algo debe ser significado por cosas congruentes, no contrarias, puede decir vanamente que siempre debe escribirse a Dios con oro brillante, nunca con tinta negra: porque "Dios es luz, y en él no hay tinieblas" (1 Juan 1, 5). Es un hombre, quien piensa que el Apóstol, para congraciarse con los débiles e imperfectos, dijo muchas cosas falsas e improbables, porque por los testimonios que pone de la Ley y los Profetas, se muestra cuán venerablemente acepta esas Escrituras a través de sus Epístolas. Y no piensa que con un sentido tan perverso también se pueden defender aquellas cosas que en los antiguos Libros de Dios el impuro e impío, como si fuera piadoso y puro, aborrece. Pues si alguien semejante a él le dijera: "Esas cosas que te ofenden en la Ley y los Profetas son falsas, pero el Espíritu Santo quiso que se pusieran así por los débiles e imperfectos": no tendría qué responder a su semejante vano contra esto. Pues es convencido por una regla falsa, pero suya; y no por la mano de un sabio y docto, sino de un necio, como él mismo es, y sin erudición, es degollado con su propia espada.

CAPÍTULO X.

35. Después de estas sacrílegas y vanas palabras del hombre sacrílego y vano, a las que creo haber respondido suficientemente: esto es, sobre el inicio del Génesis; sobre la creación de la luz; sobre el día o el sol; sobre la causa de crear al hombre; sobre el pecado de Adán; sobre la creación del hombre; sobre la persuasión de la serpiente; sobre la maldición en el hombre, y sobre el árbol de la vida; sobre el arrepentimiento de Dios; sobre el diluvio; sobre el arco en las nubes; sobre el endurecimiento del corazón de Faraón; sobre el espíritu de mentira según el profeta Miqueas; sobre el testimonio del profeta Isaías, por el cual dice: "Hijos engendré y exalté": a quienes nuevamente dice, "Hijos malvados, semilla perversa": y lo que también dijo que está escrito en él, "Yo soy Dios haciendo el bien y creando el mal": sobre la perdición del pueblo, el mandato de Moisés, sobre la maldición que considera vergonzosa; sobre la crueldad confesada de Dios, que cree; sobre el estudio que considera de malicia, según el rey David; sobre lo que está escrito, "Me arrepiento de haber constituido a Saúl como rey": sobre el espíritu de Moisés, cuyas Escrituras cree que el Apóstol llamó fábulas de viejas; sobre la calidad de las figuras; sobre Abraham; sobre los hijos del sacerdote Elí; sobre los sacrificios, que cree que no se ofrecen sino a los demonios; sobre los Profetas de Dios, que cree que no existieron antes de la venida del Señor; sobre lo que está puesto en la Ley, que la sangre es el alma; sobre el Dios a quien Moisés sirvió, que cree que no fue el verdadero Dios; sobre la variedad de personas, en las que cree que el Apóstol habló falazmente. Todo lo cual no he seguido en este orden, que está en su libro; sino como la serie de nuestra disputa conexas lo ha requerido.

CAPÍTULO XI.

36. Después de todo esto, puso un título, que se tiene así: "Discreción de los espíritus de maldad y bondad". Y comenzó con sentencias breves y frecuentes, contrarias entre sí, a alabar a Cristo y acusar al Dios de la Ley, de esta manera, como exhortando a aquel a quien escribía: "¿Por qué, pues, hermano," dice, "alejándonos de la iniquidad del error pasado, atendamos a Cristo, el verdadero y supremo Dios, no al príncipe de este siglo y creador del mundo, en el cual se nos ha declarado muchas veces que somos peregrinos. Atendamos, digo, a aquel piadoso y manso, que mostrándonos su parentesco, nos llamó luz del mundo: no a aquel que según las escrituras judías nos asigna un origen terrenal, y nos impone un fin en la tierra. Atendamos a aquel que llamándonos hermanos, nos persuadió a vigilar y a pensar en lo divino: no a aquel que ni siquiera permitió tener sentido de discernimiento." Y de este modo añadió muchas otras cosas.

37. A este lugar de su libro pensé que debía responder de esta manera, exhortándolos también a ustedes: Atendamos a Cristo, el verdadero y supremo Dios, el único Hijo del verdadero y supremo Dios, no al maligno príncipe de este siglo, sino al creador del mundo, es decir, del cielo y la tierra, quien nos mandó vivir como peregrinos en esta vida temporal en esta mortalidad. Atendamos, digo, a aquel misericordioso y manso, que nos hizo sus hermanos por gracia, no por naturaleza. Pues él es, no otro, como este piensa, quien según las Escrituras nos dio un cuerpo terrenal, pero el alma por su aliento, haciendo ambos, no engendrando alguno de ellos. Quien nos mandó vigilar y pensar en lo divino. Pues él es, no otro, como este piensa, quien nos advirtió que no experimentáramos el discernimiento del bien y del mal pecando. Quien llamándonos a la inmortalidad, nos prometió los reinos celestiales. Pues él es, no otro, como este piensa, quien nos separó de la felicidad de la vida eterna después del pecado, y nos castigó con trabajo terrenal. Quien no nos mandó ignorar todo, como dice este, sino saber lo útil: ni como este siente y disiente de la verdad, condenó en nosotros el conocimiento que se hace sabiendo la justicia, sino el que se hace experimentando el pecado. Quien se compadeció de nosotros porque moríamos por error. Pues él es, no otro, como este piensa, quien nos destinó a la muerte, no desde que comenzamos a saber, como dice este, sino

desde que pecamos. Quien nos exhorta a despreciar nuestras propias riquezas, más bien a guardarlas en un lugar más seguro (Mateo 6, 19-20): pues él es, no otro, como este piensa, quien mostrando ser no solo el Señor de las cosas celestiales, sino también de las terrenales, mandó o permitió, según convenía en su momento, que sus seguidores, a quienes esto les convenía por un tiempo, despojaran y poseyeran lo que los impíos poseían. Quien perdona los delitos a los convertidos: pues él es, no otro, como este piensa, quien retribuye lo merecido a los perversos hasta la tercera y cuarta generación. Quien no perdona los delitos de todos, como dice este, sino de aquellos que antes conoció y predestinó. Pues él es, no otro, como este piensa, quien para mayor dolor y terror del alma, incluso de aquellos que no cometieron esos delitos, no con muertes espirituales, sino corporales, castigó los delitos de algunos, para que la condición de los mortales, que después de un poco todos habrían de morir, sirviera también de este modo a la providencia de Dios, y se convirtiera en utilidad de la disciplina. Quien no nos prohibió en absoluto enojarnos, ya que él mismo se enojó cuando fue necesario: sino que mandó enojarse y no pecar. Pues él es, no otro, no quien, como afirma este, investiga las causas de la venganza; sino quien advierte las causas que deben ser vengadas, cuando él lo sabe. Quien nos advirtió que no juráramos: para que, como podemos ser engañados, estemos lejos del perjurio no jurando. Pues él es, no otro, como este piensa, quien para confirmar la verdad de su sentencia a los incrédulos, donde juzgó necesario, también la afirmó jurando. Así como el hombre que jura toma a Dios como testigo, así Dios a sí mismo. Quien nos mandó permanecer en la fe de la verdadera palabra. Pues él es, no otro, como este piensa, no quien, como este blasfema, cambia su voluntad, sino quien cambió las cosas que quiso, no con voluntad cambiada. Quien nos enseñó el camino de la verdad. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien nunca, como este calumnia, engaña a los suyos con falsas promesas. Quien nos mandó ser irrepreensibles. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien nunca, como este acusa, se reprende a sí mismo, ni se arrepintió de nada como un hombre: sino que predijo, como con lenguaje humano a los hombres, el cambio de las cosas futuras, que sin ningún cambio en sí mismo desde la eternidad previó que cambiaría. Quien nos recomendó temer la ira de Dios también en el Evangelio. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien no llamó ira o indignación a la perturbación de su ánimo, sino a la justa y severa venganza. Quien no quiso que uno fuera herido por otro de cualquier manera, sino que no fuera herido con injusticia. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien, ya sea por hombres o por santos ángeles, también con muertes temporales de cuerpos, castigó útilmente a quienes quiso, o aterrorizó. Quien enseñó que no se debe mirar a una mujer para desearla (Mateo 5, 28). Pues él es quien también en la Ley dijo, "No codiciarás" (Éxodo 20, 17): ni, como este acusa, impuso siete matrimonios a cada uno, sino que permitió matrimonios castos por causa de la propagación. Los padres de las hijas no solo no los hizo él; sino que también prohibió que se hiciera, como otros incestos. Quien nos enseñó que según la renovación interior en el espíritu de la mente, ni los hombres en sí mismos, ni las mujeres son; y prometió que estarían con él como los ángeles para siempre. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien unió al varón y a la mujer por causa de la propagación de la especie en castidad nupcial; y mostró que las segundas nupcias, que también se permiten en el Nuevo Testamento, son lícitas. Sin embargo, mandó que los hermanos de los difuntos sin hijos tomaran en matrimonio a las esposas de sus hermanos para levantar descendencia al difunto, no por afecto de lujuria, sino de piedad: pero prohibió absolutamente que los padres se unieran en matrimonio con sus hijas. Quien nos mandó pisar espiritualmente sobre toda clase de serpientes. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien envió serpientes visibles al pueblo infiel para significar los pecados, cuyo veneno invisiblemente los mataba; y con una plaga correctiva figuró las muertes de las almas con las muertes de los cuerpos. Quien dijo, "Dad limosna; y he aquí, todo os será limpio" (Lucas 11, 41). Pues él es también el Dios de los Profetas, quien mandó tales cosas también por la voz de

los Profetas. Ni quiso que se inmolaran a él los primogénitos de los hijos de los hombres, sino que se consagrarán: significando al primogénito de entre los muertos, en quien convenía que todos fueran liberados de la muerte perpetua. Quien prefirió los alimentos incorruptibles a los corruptibles. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien quiso que los sacrificios, de los cuales no necesitaba, precedieran en sombras de lo futuro para significar el verdadero sacrificio; y con la severidad de la disciplina castigó los sacrilegios cometidos con muertes de cuerpos, mucho más suaves que los eternos suplicios del infierno. Quien no mandó que se condenaran las riquezas terrenales, como dice este, sino que prefirió las espirituales y celestiales. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien hace tanto a los ricos, dando generosamente, como a los pobres, ya sea no dando o quitando, con justicia. Quien nos mandó orar por los enemigos. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien no solo nunca quiso, como este acusa, que se inmolaran a él los hijos en manos de los padres, sino que también estableció en la Ley que no se hiciera. Quien nos enseñó a hacer el bien a todos sin acepción de personas. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien cuando mandó matar sin distinción de edad o sexo, ¿cómo sabe este o cualquiera qué les atribuye después de la muerte como buena compensación, a quienes con sus muertes corrigió o aterrorizó a los vivos? Quien nos mandó soportar con ánimo equitativo las injurias y perdonarlas. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien puso ojo por ojo, diente por diente, como medida de la pena, para que nadie pensara que se le debía más venganza de la que había sufrido de injuria. Y esto porque de la sabiduría de Dios se dice que lleva la Ley y la misericordia en su lengua. Ni por la misericordia perdonaríamos conscientemente las deudas a nuestros deudores, si por la Ley no discerniéramos esas deudas. Quien, humillándose en tanto poder, para convertirnos se hizo hombre, y habló con los hombres. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien habló con los primeros padres: por eso diciendo que no hay otro Dios fuera de él, porque también la suma Trinidad, permaneciendo la distinción de personas, es un solo Dios. Quien mandó a sus Apóstoles que dieran gratis lo que gratis recibieron: sin embargo, para su sustento, no llevar otra túnica consigo, lo estableció porque añadió, "Digno es el obrero de su salario" (Mateo 10, 8-10); para que quienes anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio (1 Corintios 9, 14): sin embargo, mostró que se deben ofrecer dones a Dios, quien no necesita de nada, y al recibir dones confiere más. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien prohíbe a los suyos recibir dones, por los cuales se ciegan los ojos de los que juzgan; y él mismo, aunque no necesita, recibe dones, para hacer ricas con piedad las almas de los que los ofrecen. Quien curó al hombre en los sábados, mostrando que ya es tiempo, según la profecía del Cantar de los Cantares, de que aspire el día y se alejen las sombras (Cantar de los Cantares 2, 17). Pues él es también el Dios de los Profetas, quien mandó que el hombre que recogía leña en los sábados, porque aún no distinguía los tiempos de los dos Testamentos, sino que con mente contumaz e impía despreciaba la Ley de Dios, fuera apedreado; y con su muerte corporal (¿quién duda que después de un poco a todo hombre le llegará?) sancionó con temor la obediencia que sería útil a los demás. Quien dijo que vino para salvar a los hombres. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien con justo juicio endurece a quienes quiere: como en el Evangelio, "Vino en juicio, no solo para que los que no ven, vean; sino también para que los que ven, se vuelvan ciegos" (Juan 9, 39). Quien nos dio los mandamientos de la vida eterna. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien dio mandamientos santos, justos y buenos, pero a los soberbios, que no confiaban en su gracia, sino en su propia virtud, no para que vivieran, sino para que murieran, para que fueran convencidos. Como los Apóstoles, siendo uno de ellos, eran "buen olor de Cristo" tanto en los que se salvaban como en los que perecían; a unos ciertamente olor de vida para vida, a otros olor de muerte para muerte (2 Corintios 2, 15-16). Quien apareció como salvación de los viciados, dando paso a los cojos, lengua a los mudos, oído a los sordos, luz a los ciegos. Pues él es también el Dios de los Profetas, quien no solo sana misericordiosamente esos

vicios, sino que también los impone justamente. Pues no debe nadie, con no menos impía vanidad, pensar que es contrario a Cristo, y llamar a este bueno, pero a Cristo malo; porque este hizo que en la vara de Aarón un leño seco, sin ninguna raíz, diera flor y fruto; pero Cristo maldijo un árbol, secándolo, porque no encontró en él frutos, aunque no era tiempo de ellos.

CAPÍTULO XII.

38. Al afirmar que hay un padre de la paz y la caridad, y otro autor de la guerra y la furia; queriendo que se entienda que el primero es Cristo y el segundo el Dios de la Ley y los Profetas: puede un insensato decir que el mismo Cristo es contrario a sí mismo, o que hay dos, no uno, que se oponen entre sí; uno que dijo, "La paz os dejo" (Juan XIV, 27); y otro que dijo, "No he venido a traer paz, sino espada" (Mateo X, 34): especialmente porque le desagrada que algunas cosas buenas sean figuradas con nombres de males. En cuanto a que dice que uno es consciente de incestos y adulterios, y otro es el señor de la castidad y la santidad: que entienda que ese es el diablo; pero que reconozca que el Dios de los Profetas no es menos señor de la castidad y la santidad que Cristo: porque el Dios de los Apóstoles es el mismo que el de los Profetas, anterior a ellos en el tiempo, pero compañeros en la fe; Él es el Dios en ambos Testamentos de los actos justos y de las oraciones piadosas, Él es en ambos el autor de los sacrificios religiosos.

39. Vean de dónde quiso probar que los vicios de los cuerpos humanos no pertenecen a Dios como autor, sino más bien al diablo: porque el Señor dijo en el Evangelio, sobre la mujer a la que sanó, que Satanás la había atado durante dieciocho años; por lo cual estaba encorvada y no podía erguirse (Lucas XIII, 11-16): como si Satanás, aunque siempre tiene el deseo de hacer daño, pudiera dañar a alguien, a menos que reciba poder del Omnipotente. Pues, ¿qué otra cosa, no solo en el libro de Job, que ciertamente este no acepta, sino más bien en el mismo Evangelio se ha declarado, donde los espíritus inmundos no podían ir a los cerdos, a menos que el mismo Salvador benigno se lo concediera a los que ciertamente podía relegar al abismo, cuando se lo pidieron (Mateo VIII, 31, 32): queriendo enseñarnos algo necesario, para que sepamos que mucho menos pueden dañar a los hombres con su poder, quienes ni siquiera pudieron hacerlo con animales cualesquiera? Pero este poder Dios bueno puede darlo con justicia oculta para nosotros, no injustamente.

40. Luego, lo que el Apóstol dijo sobre la venida del Anticristo y su impía exaltación, este quiere llevarlo a entender que se refiere al Dios de los Profetas: de donde más bien se demuestra que es el templo de Dios, donde el Apóstol dijo que se sentará el hombre de pecado, el hijo de perdición, exaltándose sobre todo Dios, y sobre todo lo que se adora (II Tes. II, 3, 4). Porque el verdadero Dios es aquel en cuyo templo se sentará ese falso: a quien también pertenece este, que bajo el nombre de Cristo, que es el nombre de Dios, es decir, queriendo parecer cristiano, se exalta contra Cristo; y se muestra como anticristo, no uno mayor que los demás, sino alguno de aquellos de los que dice el evangelista Juan, "Ahora muchos anticristos han surgido" (I Juan II, 18). Pues él llamaba herejes a aquellos que ya habían comenzado a existir en tiempos de los Apóstoles. Y estos comenzaron a existir después de la ascensión al cielo del Señor Jesucristo, desde aquel Simón el mago, que leemos en los Hechos de los Apóstoles que fue bautizado (Hechos VIII, 13). Después de este hubo algunos de sus discípulos, sucediendo en la misma impiedad a los anteriores: de los cuales en la sucesión el cuarto fue Basilides, quien primero se atrevió a decir abiertamente que el Dios que la nación judía adoraba no era el verdadero Dios. Después de estos hubo también un tal Carpócrates, quien negó que este mundo visible fuera creado por el Dios supremo, sino por algunas virtudes de demonios: negando también que la Ley dada por Moisés fue dada por

Dios. Luego surgió Cerdón, quien primero se encuentra diciendo que hay dos dioses, uno bueno y otro malo, mucho antes de que surgiera la herejía de los maniqueos, cuyo error es más conocido en este delirio furioso. Marción fue discípulo de este Cerdón. Apeles también enseñó cosas similares. También hubo algunos Patricianos de un tal Patricio, o los hay, igualmente oponiéndose a los divinos Libros antiguos. Todos estos sienten abiertamente contra el Dios de la Ley y los Profetas, es decir, el verdadero Dios, por quien fue hecho el mundo. Este es de alguna de estas herejías: pues no creo que sea maniqueo.

41. Pero sea cual sea el error del hereje, ya sea él mismo o algún Fabricio, no sé quién, de quien se gloria ser discípulo, en cuanto a este libro que enviaron, creo que se le ha respondido suficientemente. Pues han sido derribadas las fortalezas de su furia, de las cuales brotaron todas las blasfemias que escribió en ese volumen, floreciendo con variada locuacidad en maldiciones e injurias impiísimas contra Dios. Golpear cada una de las ramas individualmente habría sido demasiado largo: pero las raíces mismas debían ser cortadas. Si revisan lo que escribimos contra Fausto el maniqueo, y contra Adimanto, quien se jacta de haber sido seguidor de Maniqueo mientras vivía, encontrarán muchas cosas que también valen contra este. Y tal vez si se leyeran, no habría sido necesario escribir esto, o no tanto.

42. Ciertamente, después del final del libro, en cuyo final alaba la escasez de hombres en su error, porque la sabiduría es de pocos: lo cual es común a todos los herejes adversarios de la Iglesia católica, que se difunde con copiosa fertilidad por todas las tierras, en su propia vanidad cada uno; pues todos se glorían de la escasez, y buscan seducir a la multitud: después de este final del libro, nuevamente aparece el comienzo de otro, quizás del mismo autor, pero del mismo error, lo cual no se duda. Comenzó a discutir que la carne tenía otro creador, no Dios: de donde, habiendo dicho muy poco, en el mismo comienzo lo iniciado fue terminado. Pero si el autor mismo o el escriba del códice no pudo completar lo que comenzó, no lo sé. Sin embargo, sobre esta demencia de los hombres que no consideran lo que dicen, ya hemos escrito mucho contra los maniqueos. Y al inicio de esta misma obra se han echado, según creo, fundamentos adecuados, para que el lector prudente y piadoso entienda que no por eso debe sustraerse la carne de las obras de Dios, porque la naturaleza del espíritu sea superior; ni por eso deben ser malas estas cosas temporales, porque con razón se prefieren las eternas; ni por eso deben ser detestadas las cosas buenas terrenales, porque las celestiales son mejores: ya que Dios creó todas las cosas buenas, grande en las grandes, pero no pequeño en las pequeñas. Ya lo otro que comenzó a escribirse en el mismo códice, es obra de Adimanto, aquel discípulo de Maniqueo, que fue llamado por el nombre de Addas: donde se presentan testimonios de ambos Testamentos como si fueran contrarios entre sí con astucia engañosa, como si de ahí se mostrara que ambos no pueden ser del mismo Dios, sino uno de uno y otro de otro. Contra esta maligna maquinación ya escribimos hace tiempo, como mencioné antes, y creo que tienen esa pequeña obra nuestra. Aunque hay algunas cosas muy pocas al final de la misma obra de Adimanto, a las que no respondí: pues, como suele suceder, al surgir no sé qué cosas que parecían más urgentes, aquellas quedaron interrumpidas así. Pero, como dije, al final son muy pocas, que si el Señor quiere, me apresuraré a explicar lo antes posible.